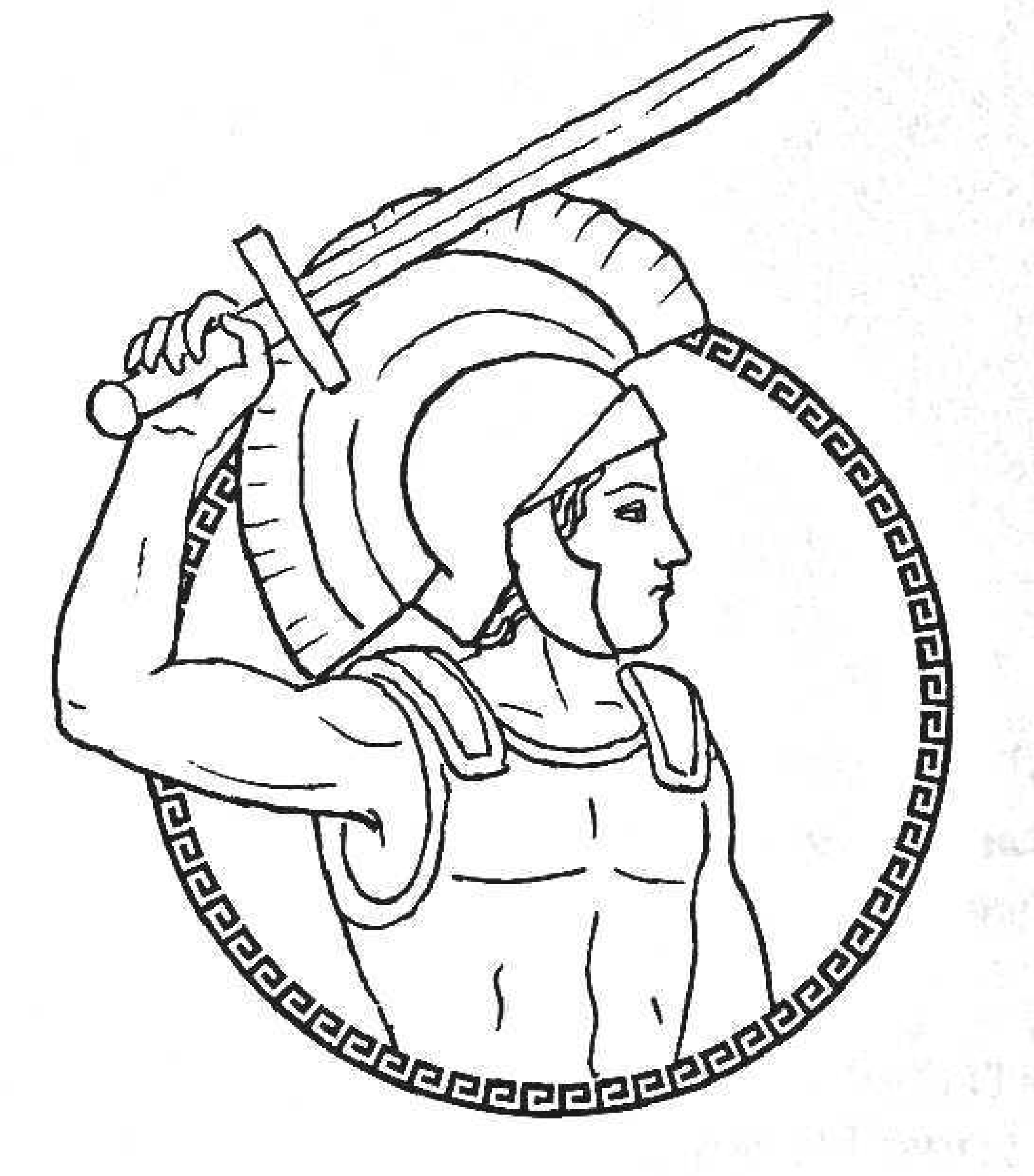
LA VENGANZA DE LOS EPÍGONOS



GREDOS

LA VENGANZA DE LOS
EPÍGONOS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa y Elisa Ancori (pgs. 60-61)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9097-7
Depósito legal: B 21180-2017

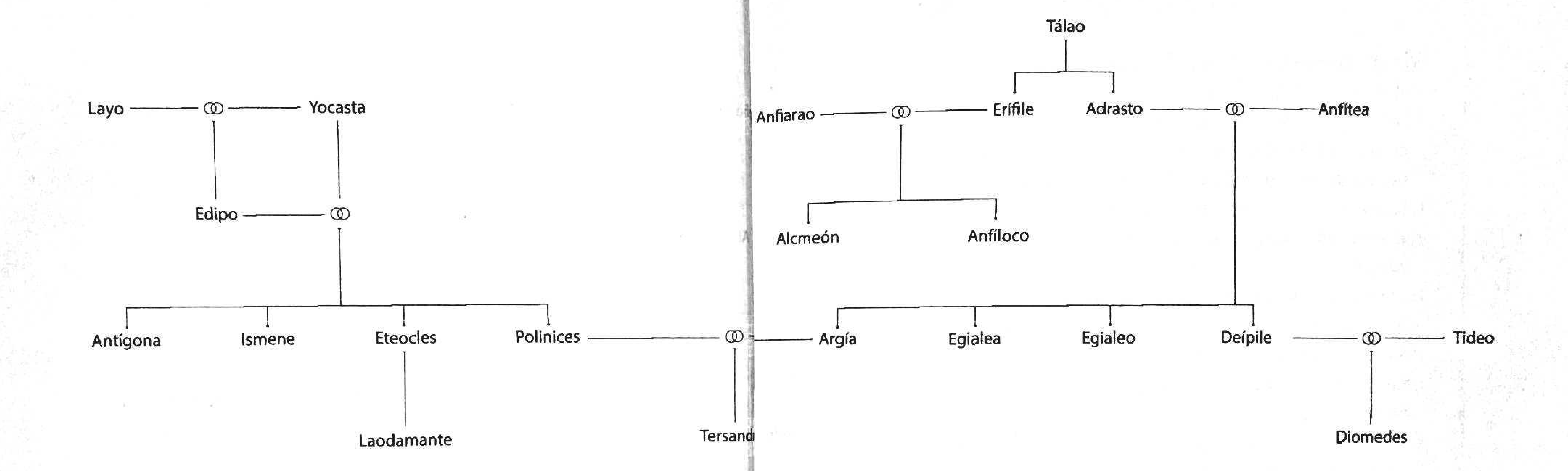
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Unos años más tarde, los Epígonos
marcharon con Tersandro contra Tebas;
es cierto que había en su ejército no solo argivos,
mesenios y arcadios, sino tropas auxiliares que
habían sido llamadas desde Corinto y Mégara.*

Descripción de Grecia, Pausanias, libro IX

Genealogía de las casas de Tebas y Argos



Dramatis personae

Los Epígonos

ALCMEÓN – hijo del caudillo argivo Anfiarao, acepta liderar el ejército de los Epígonos en la segunda guerra de Tebas.

TERSANDRO – hijo del caudillo argivo Polinices, miembro de los Labdácidas, que en la segunda guerra de Tebas pretende recuperar el trono de la ciudad.

DIOMEDES – hijo del caudillo Tideo, fuerte y valeroso soldado, ansioso por vengar la muerte de su padre y de los demás caudillos argivos en Tebas.

EGIALEO – hijo del rey Adrasto, participa en la conquista de Tebas decidido a demostrar la cobardía de su padre.

ANFÍLOCO – joven hermano de Alcmeón, hábil guerrero que no duda en unirse a los demás Epígonos para marchar contra Tebas.

ESTÉNELO – hijo del caudillo argivo Capaneo, aunque sensible y sin espíritu belicoso, desea vengar la muerte de su padre en Tebas.

POLIDORO – hijo de Hipomedonte, experto cazador que participa en la guerra de Tebas al frente de un batallón de arqueros.

PRÓMACO – hijo del caudillo Partenopeo, lleva toda la vida esperando el momento de desagraviar a los héroes de Argos.

Argivos y tebanos

ADRASTO – rey de Argos, único superviviente de la primera expedición a Tebas, y padre de Egialeo.

ERÍFILE – madre de Alcmeón y Anfíloco, traicionó a su marido a cambio del collar de Harmonía.

LAODAMANTE – hijo de Eteocles y rey de Tebas tras la muerte de su tío abuelo Creonte.

TIRESIAS – adivino ciego y muy anciano, profetiza la caída de Tebas.

CALÍRROE – hija del dios Aqueloo de la que se enamora Alcmeón.

ARSÍNOE – hija rey Fegeo de Psófide y esposa de Alcmeón.

1

Los jóvenes argivos

Una bandada de vencejos rompió el silencio de la primera hora de la mañana con su canto estridente y agudo, que se expandió por las calles todavía adormecidas de la ciudad. Los pájaros cortaban el cielo con sus negros plumajes, ascendían y descendían veloces con el pico abierto, realizaban giros repentinos que dejaban estelas fugaces de su vuelo nervioso. Una primavera más, su instinto los había conducido hasta ese cálido rincón del Peloponeso, en cuyo aire flotaban aromas de campos y bosques, y también algunas notas saladas del no tan distante Egeo. Una primavera más, se aparearían en pleno vuelo mecidos por la apacible atmósfera, construirían sus nidos en las recónditas hendiduras de las murallas que rodeaban la ciudad, cuidarían de sus polluelos alimentándolos con los insectos que cazaban en el aire. Un año más, sobrevolarían esa maraña humana indescifrable para ellos, esa aglomeración de casas, templos, ágoras

y vías, ajenos a los devenires de quienes vivían en ella, ajenos, incluso, al nombre del lugar que habían elegido como su hogar durante los meses más calurosos. Los vencejos no sabían que la ciudad asentada bajo el cielo que surcaban era conocida como Argos; desconocían que unos años atrás siete caudillos liderados por un rey llamado Adrasto y secundados por un ejército temible emprendieron una marcha que sembró de muerte los campos de la lejana Tebas; ignoraban que ninguno de los siete jefes había sobrevivido, que el monarca había regresado a su patria sin aventurarse a luchar y sin dignarse a mirar atrás, que la mayoría de los hombres jóvenes, fuertes y valerosos que formaban su armada, y que llenaban de vida la ciudad, habían fallecido atravesados por espadas, por flechas, por lanzas. No: para los vencejos solo importaba volar, comer, reproducirse y emigrar. Para los vencejos, Argos era un lugar maravilloso.

Alcmeón alzó la vista para observar a las aves. Uno de los pájaros pasó chillando, a una velocidad fenomenal, a poca distancia de su cabeza: tuvo apenas un instante para distinguir el plumaje más claro de su garganta, contemplar las alas, estrechas y largas en proporción a su compacto cuerpo, observar su cola en forma de horquilla. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió más allá de los muros que protegían Argos. El joven, que estaba a punto de llegar a la mayoría de edad, aunque su aspecto hacía tiempo que era el de un adulto, se quedó con la mirada perdida en el cielo de la mañana, prendado de los colores anaranjados que a esa temprana hora lo teñían. Le gustaba salir pronto a pisar las calles, escuchar el eco de sus propios pasos en las vías aún desiertas, disfrutar en solitario de las majestuo-

sas estatuas dedicadas a las divinidades y dispersas por el entramado de la urbe. Se deleitaba percibiendo los olores límpidos de la naturaleza que la brisa acercaba hasta allí, notando el aire fresco acariciando su piel morena. Pocas cosas le hacían pensar más en su añorado padre Anfiarao, uno de los caudillos que jamás regresaron de la infausta marcha sobre Tebas.

Junto a él, siendo un chiquillo, había descubierto el placer sosegado de los amaneceres. Guardaba como un tesoro el recuerdo de esas madrugadas. Anfiarao se aproximaba a su lecho y susurraba su nombre; Alcmeón se despertaba sin demora. Salía de su cámara sin hacer ruido, para no interrumpir el sueño de su hermano Anfíloco —que entonces era un niño de pecho—, se aseaba, se vestía y salían del hogar. Sin decirse una palabra, bajo una penumbra cada vez más frágil, cruzaban el portal de la muralla y se dirigían a un pequeño promontorio desde el que gozaban de una buena vista de la ciudad y de los campos y los bosques que la rodeaban. Y allí, sentados y en una quietud que nunca rompían, admiraban la manera como el sol pintaba el cielo con una gama inacabable de colores y posaba su pincel invisible sobre los edificios de Argos, a los que llenaba de vida ahuyentando la oscuridad de la noche. Se repartían la comida frugal que llevaban en un zurrón, hasta que el día era una certidumbre, hasta que toda la región estaba bañada con una luz blanca, potente, inequívoca. Emprendían el camino de vuelta en un silencio cómplice, regresaban a una ciudad cuyas calles comenzaban a llenarse con la algarabía propia de las gentes. Alcmeón volvía a entrar en su hogar con una felicidad íntima que le irradiaba el alma desde el centro mismo de su pecho; su padre

lo despedía con un beso en la mejilla y se encaminaba a sus tareas de hombre. Para el niño que era entonces, cualquier otra cosa que le deparase la jornada palidecería en comparación con aquello. Pero hacía años que Alcmeón repetía solo ese ritual matutino, desde la mañana en que su padre partió hacia Tebas. Antes de emprender la campaña hacia la ciudad beocia habían realizado su recorrido diario, aunque el silencio que esa vez los acompañó estaba teñido de dolor: ambos intuían que aquel sería el último sol que verían salir juntos. Nunca se encontró su cuerpo. Desde entonces, el hermoso y noble Alcmeón —que había heredado de su progenitor las facciones serenas y simétricas, los ojos verdes, el cabello rizado y el porte elegante, aunque no el don profético que tanto lo había atormentado— no había dejado de echarlo de menos ni un solo día. Tampoco había dejado de torturarlo la cruenta promesa que se vio obligado a hacerle cuando se despidió de él: si no regresaba de la expedición, debería cumplirla, le dijo su padre, al alcanzar la mayoría de edad.

Faltaban pocas semanas para que el hijo de Anfiarao y Erífile llegase a la edad viril.

◇◇◇

Adrasto llevó la mano abierta hacia los ollares de Arión, que se acercó para olisquearle la palma. El rey posó entonces la otra mano en la base de su cuello recio, y le dijo muy cerca del oído:

—Arión, viejo amigo...

El caballo respondió a las palabras del anciano monarca levantando su testa colosal hacia la del hombre. Se quedaron cara a cara. La mirada de Adrasto era ya grisácea, el tiempo

había difuminado el azul brillante que la había iluminado años atrás. La de Arión era negra, penetrante, incómoda, tan viva como había sido siempre y tan viva como siempre seguiría. Sus enormes ojos redondos parecían ver mucho más allá de los de Adrasto, parecían escrutarlo hasta el núcleo de su ser. El soberano bajó la cabeza; se sentía desnudo ante las pupilas del cuadrúpedo que, tantos años atrás, le había regalado Hércules. Azorado, se apartó de su escrutinio y se situó junto a su flanco izquierdo. Le acarició el cuello y se paró para rascárselo; nada deseaba más que ganarse su afecto. Arión relinchó de placer. Adrasto le dio unas palmadas afectuosas. Comenzó a acariciarlo de nuevo, pero se detuvo: en lugar de arrullar el costado de la bestia, tocó con un cuidado infinito las plumas, largas y negras, que conformaban la majestuosa ala que nacía justo por encima de la paleta del caballo y que se extendía a lo largo de todo su cuerpo hasta casi rebasar las nalgas. Adrasto sintió entonces un escalofrío: recordó la última vez que había montado al animal, escapando por los aires de la masacre en que se había convertido el campo frente a Tebas. Desde aquel día de memoria trágica para Argos el rey no había osado volver a cabalgarlo, temeroso de que el inmortal Arión le recriminara con su mirada sobrecogedoramente aguda su mísera participación en esa batalla. Adrasto se quedó absorto en sus pensamientos, con la mano inmóvil sobre el ala de Arión: rememoró las palabras que les dijo a sus siete jefes antes de comenzar el ataque —«¡Tomaremos Tebas o engordaremos su tierra con nuestra sangre!»—, recordó cómo habían ido pereciendo casi todos ellos a manos de sus enemigos. Incluso su cuñado Anfiarao, que tenía dones de vidente y

en una de sus profecías lo había prevenido de emprender esa marcha, había desaparecido, como si la tierra lo hubiese engullido. Cuánto dolor para nada, cuánta muerte... La tragedia, que trataba de olvidar, había vuelto a su presente esa misma mañana con la fuerza de un tifón: la madre de Eteoclo, el más joven de los jefes fallecidos —destripado con saña por un grupo de soldados tebanos, y el único que no había tenido descendencia—, lo había abordado a gritos en el templo dedicado a Apolo. Las palabras de la mujer habían retumbado dentro del recinto y herido el orgullo del rey: «¿Cuánto tiempo más piensas esperar para vengar a nuestros muertos? ¿Cuánto?», le había escupido entre sonoros sollozos. Adrasto no supo qué responderle, pero sus exclamaciones no habían abandonado su mente en todo el día. Se apartó de Arión, lo miró a los ojos y, con una voz lúgubre y fatigada, le dijo:

—Viejo amigo, el momento ha llegado.

A la mañana siguiente, un grupo de soldados salió del palacio real y se dispersó hacia distintos puntos de la ciudad. El rey en persona les había encomendado una misión: ir al encuentro de ocho jóvenes argivos y transmitirles que el monarca reclamaba su presencia esa misma tarde. Ocho muchachos que en todo Argos eran conocidos como los Epígonos, «los engendrados después». Eran los hijos varones de los caudillos de Argos.

◇◇◇

Tersandro levantó su espada con vigor y, protegiéndose el tórax con el escudo de cobre que había pertenecido a su padre, la bajó sin contemplaciones hacia la cabeza de su oponente. El metal a punto estuvo de alcanzar de lleno a su rival, aunque el filo apenas rozó su casco, que cayó al suelo de arena dejando desprotegida la testa del hombre. El impacto del arma con la protección había producido un sonido seco que se mezcló en el aire con el grito de asombro del guerrero con el que se entrenaba el hijo de Polinices. El soldado iba a protestar por la fiereza excesiva con la que se estaba entregando al ejercicio Tersandro, pero cuando vio la mirada ida de este se protegió instintivamente con su escudo y con su arma. El nieto de Adrasto estaba fuera de sí, su mente parecía haberse transportado muy lejos en el tiempo. Cuando habló, su voz sonó poseída por un odio descomunal:

—Esta vez voy a vencerte, Eteocles.

Tersandro no recordaba a su padre, que partió cuando él era casi un recién nacido, pero su madre no se había cansado de contarle su historia, el injusto trato que recibió en su Tebas natal, la lucha a muerte con su hermano, al que también mató en el mismo momento de morir frente a las puertas de su patria. Lo hubiese dado todo para poder defenderlo, pero esperaba, al menos, poder viajar allí algún día para vengar la afrenta. Llevado por el odio hacia el tío al que nunca conoció, Tersandro se dispuso a decapitar al rival al que su inquina había transformado, a sus ojos, en el pariente que acabó con su padre.

Pero el alarido de alarma del hombre que tenía enfrente —«¡Tersandro, qué haces!»— lo despertó de su ensoñación colérica. Volvió en sí respirando con agitación. Bajó su espada, y con una rabia que llevaba años acumulándose en su alma, lanzó un puntapié feroz al casco caído de su contrincante. La protección rodó por el suelo hasta que se paró a

los pies de un soldado de la guardia del rey Adrasto, en cuya presencia no había reparado.

◇◇◇

Los gemidos provenían de una estancia situada al fondo de un largo corredor. Uno de los esclavos de la residencia había indicado al emisario de Adrasto que allí encontraría a Diomedes. A medida que se iba acercando a la cámara acompañado por el siervo, el soldado percibía con más claridad los sonidos inequívocos del placer femenino, mezclados con esporádicos gruñidos masculinos. Llegaron frente a una puerta entreabierta. A través del resquicio, el emisario vio en un amplio camastro una maraña de torsos desnudos, entregados al placer. En el enredo de brazos y piernas que provocaban el alboroto lúbrico le pareció contar por lo menos cinco cuerpos, casi todos de mujer. El soldado carraspeó. Tuvo que hacerlo de nuevo, y con más fuerza, para que los obsequiosos amantes repararan en su presencia. El hombre que se encontraba en medio del lecho se volvió. Tenía el rostro joven enrojecido por el esfuerzo amatorio, el sudor le resbalaba a chorretones por la frente.

—Noble Diomedes, el rey desea verte esta misma tarde.

Por la mirada del hijo de Tideo cruzó un atisbo de desconcierto, pero en cuanto notó la lengua de una de sus compañeras de catre lamiéndole el cuello, se lanzó de nuevo a la danza carnal.

◇◇◇

Anfíloco notaba todo el peso de su hermano Alcmeón descansando sobre su espalda. Tenía un brazo inmovilizado, y

con el otro apenas podía maniobrar. Su mejilla estaba aplastada sobre la superficie arenosa. Notaba el sudor perlando su rostro, sentía la rodilla de Alcmeón clavándose en su omoplato y una de sus grandes manos sujetando su cabeza.

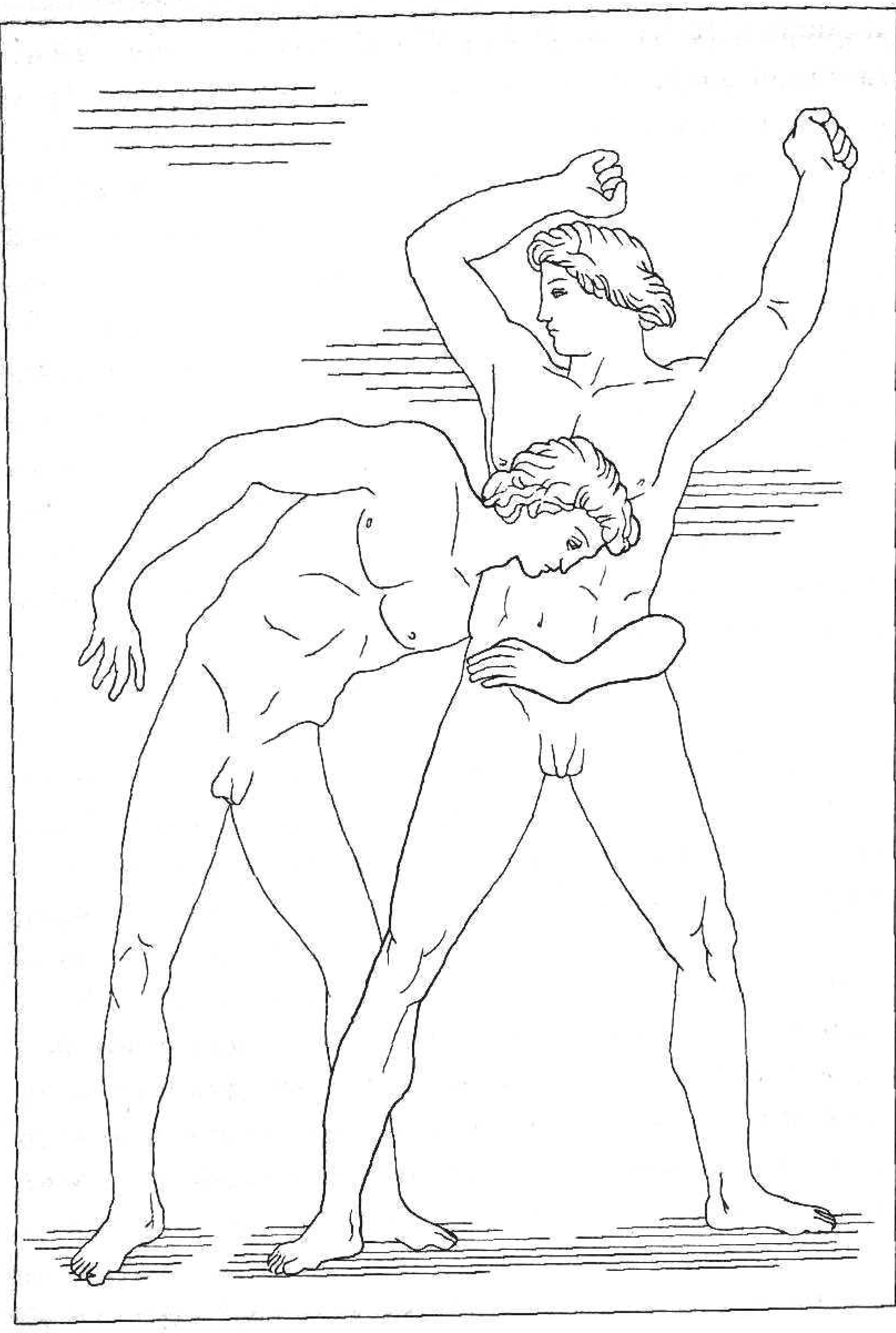
—¿Todavía no tienes bastante?

La voz burlona de Alcmeón lo espoleó. Cerró los ojos, inspiró profundamente y, convocando en las piernas toda la fuerza de su cuerpo joven y vigoroso, consiguió dar un golpe con la cadera y desestabilizar a su oponente. Impulsándose con los robustos brazos, que por un instante habían quedado zafados, levantó el tronco, se giró veloz y, aprovechando la sorpresa, agarró a su hermano y lo volteó hasta que fue este quien quedó bajo su cuerpo, panza arriba, con la garganta presionada amenazadoramente por el antebrazo de Anfíloco.

—¿Quién es ahora el que no tiene bastante? —le lanzó con una sonrisa el hermano menor. Los dos rieron con ganas, su carcajada resonó en todo el recinto de la palestra. También la oyó el emisario de Adrasto, que había esperado bajo el pórtico a que los dos hijos de Anfiarao terminasen su ejercicio físico para comunicarles el mensaje del monarca.

◇◇◇

Un joven esclavo imberbe untaba de aceite el cuerpo desnudo de Esténelo. El aire de la pequeña sala donde se hallaban los dos a solas estaba cargado con el aroma dulzón de las plantas aromáticas. Esténelo recibía el masaje con placer, gozando de las manos suaves del joven que le hacía las friegas con destreza. El hijo de Capaneo no había heredado de su padre su complexión robusta, sus espaldas majestuosas, su altura colosal, su cuello de toro, su fiereza desbocada, pero



Anfíloco agarró a Alcmeón, que intentaba zafarse de su hermano entre risas.

sí que compartía con el extinto caudillo argivo el gusto por los placeres reservados a los hombres. A menudo pensaba en él, al que había perdido cuando estaba a punto de entrar en la pubertad. Lo extrañaba, añoraba esa figura paterna que desapareció demasiado pronto de su vida. Invocar su recuerdo lo conmovía; notó cómo los ojos se le humedecían y una lágrima resbalaba por su mejilla. Volvió la cabeza para que el esclavo no lo viera llorar. Este trató de confortarlo como hacía a menudo, pero Esténelo apartó con brusquedad su mano —que bajaba decidida por su vientre—, se levantó de la losa donde estaba tumbado, se cubrió con un paño a toda prisa y, sin mediar palabra, salió de la estancia. Al cruzar la antesala, estuvo a punto de darse de bruces con uno de los mensajeros de Adrasto.

◊◊◊

Agazapado tras una encina, el joven aguardaba a que su presa estuviese algo más próxima. Su cara mostraba una gran concentración, sus ojos permanecían fijos en el lomo oscuro del jabalí, que, desconociendo su presencia, se acercaba imprudente con sus patas cortas y recias. Polidoro respiraba sin hacer ruido, no movía ni un músculo de su cuerpo nervudo, mantenía una rodilla clavada en la tierra. Un extremo de la larga lanza que sostenía con la mano derecha estaba recostado contra el suelo, esperando el momento en que su punta plateada cruzaría a una velocidad descomunal la distancia que separaba al humano del animal, y penetraría en la carne prieta de este. El jabalí seguía acercándose por el claro, olisqueando el terreno con su hocico. Estaba cerca, muy cerca. Cada vez más. El hijo de Hipomedonte, al que nunca con-

taron que un proyectil como el que ahora estaba a punto de lanzar había atravesado el corazón de su padre frente a una de las puertas que horadaban la muralla de Tebas —cuando recuperaron su cuerpo estaba tan descompuesto que fue imposible saber cómo había perdido la vida—, se dispuso a dar caza a la bestia. Se levantó con gran sigilo y armó su brazo potente para arrojar el arma. Estaba a punto de hacerlo cuando el sonido de los cascos de un caballo retumbando contra el suelo alertó al puerco, que, espantado, cubrió la escasa distancia que lo separaba de la espesura del bosque en un instante. El soldado que se acercó por el camino para emplazarlo ante la presencia del rey no fue consciente de lo cerca que estuvo de recibir en forma de lanza la ira que acumulaba Polidoro.

◇◇◇

Adrasto en persona fue a buscar a su hijo para convocarlo junto al resto de los Epígonos; también él, como heredero al trono, debía formar parte de la nueva expedición. Sabía que no le iba a hacer falta ir muy lejos para encontrarlo. Cruzó el patio central de su palacio y se dirigió al gineceo. Aunque aquella ala de la residencia era solo para las mujeres, el rey penetró en ella sin reparos. Avanzando con la lentitud propia de su edad, ante la mirada sorprendida de los esclavos que se cruzaban a su paso, el monarca llegó hasta una cámara situada al final de un corredor. Se detuvo bajo el dintel de la puerta y contempló a su familia sin que nadie se diera cuenta de su presencia. Allí estaba su esposa Anfitea, una sombra marchita de la mujer centelleante que había sido años atrás, y sus hijas Argía, Deípile y Egialea, entregadas como cada tarde a la

labor de tejer tapices. El tiempo había pasado también para sus niñas, sobre todo para las dos mayores; nunca se habían rehecho de la violenta muerte frente a Tebas de sus esposos Polinices y Tideo, y un manto de ceniza se había posado sobre sus cabellos y sobre sus almas. Tal como suponía, allí estaba también Egialeo. El más pequeño de sus descendientes llegó a sus vidas tras la campaña militar, una bendición inesperada que él y su esposa acogieron como un motivo de celebración, el único, después de la tragedia de la expedición. Además, Argos tendría, por fin, un heredero natural. No obstante, el rey se preguntaba si ese joven de aspecto desganado y actitud desidiosa serviría algún día para hacerse cargo del trono. Torció el gesto cuando lo vio en un diván, tumbado a sus anchas bajo un ventanal de la sala, holgazaneando y entregado a los privilegios de la vida real sin hacer nada para merecerlos más que haber nacido de su simiente. Ni su valeroso sobrino Prómaco, hijo de su hermano Partenopeo —el caudillo degollado frente a la muralla tebana—, conseguía enderezarlo. Adrasto le había encomendado la tarea de conducir por el buen camino a su hijo, pero por lo visto la treta le había salido mal: tumbado junto a Egialeo, parecía haber descubierto gracias a él los placeres de la indolencia. El rey hizo uso de la voz más severa que fue capaz de impostar para convocarlos a los dos esa misma tarde. Su hijo apenas lo miró.

◇◇◇

Los ocho Epígonos entraron en el mégaron a instancias de los esclavos del palacio. Un fuego vivo ardía en la abertura central de la sala, calentando el ambiente y los asientos adosados a las paredes. Adrasto llegó cuando hacía unos minutos que

los jóvenes aguardaban, impacientes, sin saber por qué habían sido convocados por el rey en persona. Cuando entró todos se levantaron en señal de respeto, con la excepción de Egialeo. Al monarca no le pasó por alto el desplante de su vástago. Con parsimonia, el rey se acercó al trono. Nada más sentarse, viéndose de nuevo rodeado por un nutrido grupo de valientes y nobles descendientes de Argos, recordó la escena que había vivido en ese salón hacía tantos años, con los padres de los ahora presentes ocupando los mismos asientos. Comenzó su alocución repitiendo, inadvertidamente, las palabras de entonces:

—Valerosos y fieles amigos —dijo—, ha pasado ya tiempo suficiente desde que vuestros padres, los más heroicos guerreros que ha conocido esta ciudad, partieran conmigo hacia Tebas con la más honorable de las intenciones: restituir a mi estimado y llorado yerno, el noble Polinices, en el trono ocupado injustamente por su hermano Eteocles. Nunca ha estado mi corazón tan henchido de orgullo como en esos lejanos días en los que a mi lado marchaban vuestros padres, a los que todos conocían, con respeto y con temor, como los siete caudillos.

Tersandro notó cómo el dolor y la rabia le subían por el pecho cuando su abuelo pronunció el nombre de su padre y el de su tío. A Alcmeón se le humedecieron los ojos al pensar en Anfiarao, al recordarlo sobre su caballo esa oscura mañana en que partió junto al rey para no regresar jamás. Tras una pausa, Adrasto prosiguió:

—Cuando llegamos a Tebas, haciendo retumbar la tierra bajo nuestros pies, envié a mi otro querido yerno, Tideo —dijo mirando a su nieto Diomedes—, a parlamentar con el monarca tebano para hacerle saber nuestras razonables intenciones. Pero este no respondió más que con arrogancia, y

nos condenó a una batalla cruenta frente a las murallas de la ciudad. Yo mismo lideré el ataque, secundado con un valor inigualable por vuestros progenitores. Luchamos con honor y sin desaliento, defendimos el buen nombre de esta ciudad en un terreno tan hostil. Vuestros padres se comportaron en la batalla como los héroes que eran, y cayeron bajo el yugo de las espadas enemigas sin perder una pizca de su honor. Creedme cuando os digo que la muerte de cada uno de ellos está grabada a fuego en mi corazón y el pesar por su triste final lo llevaré en mi alma hasta el día en que ingrese en la casa de Hades.

El silencio que imperaba en la sala era casi corpóreo. Era un silencio cargado de dolor, henchido de un respeto colosal por los caudillos y una tristeza infinita por su ausencia. Egialeo también parecía estar conmovido, su expresión era grave, su mirada fría estaba encharcada de lágrimas no derramadas. Pero no eran lágrimas de tristeza. No podían serlo: a fin de cuentas, él era, de todos los presentes, el único que no había perdido a su padre. No: el lloro que contenía el hijo del rey lo provocaba la aversión que le producían las palabras de Adrasto. Sabía que mentía. Sabía que lo único que había hecho durante la cruenta lucha había sido sobrevolar el campo de batalla a lomos de su caballo alado, y que mientras sus hombres eran masacrados ni siquiera se había dignado a descender para establecer una rendición honrosa con los enemigos. Al contrario, se había alejado por los aires, dejando tras de sí un campo sembrado de los cuerpos de sus súbditos y engordado con la sangre de sus caudillos. Lo sospechaba desde su infancia, cuando había escuchado sin ser visto una amarga discusión entre su padre y su tía Erífile: ella le recriminaba su cobardía, le echaba en cara haber permitido que sus hijos se

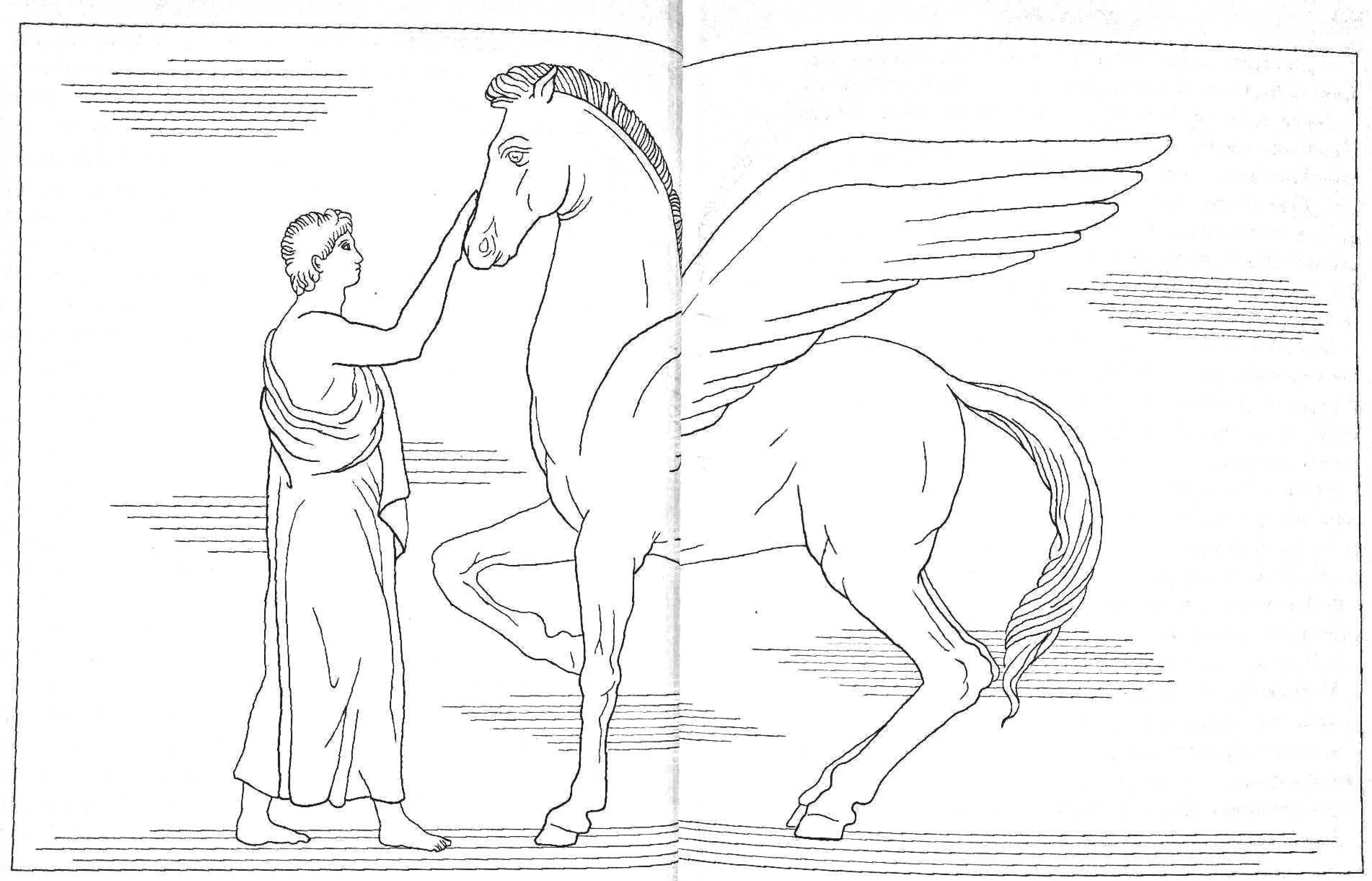
quedaran sin la figura paterna que tanto necesitaban. En ese momento su mente infantil no supo qué pensar, y decidió ignorarlo; el amor reverencial que sentía por su padre no admitía fisuras. Pero tuvo la dolorosa confirmación de esa cruda verdad años después, siendo ya joven, cuando uno de los soldados que sobrevivieron a la carnicería y que se convirtió en su instructor en el arte de la guerra se lo había confesado una noche en la que el vino le relajó la lengua y le aflojó el sentido común: contarlo podía costarle la vida. Cuando escuchó sus palabras, el príncipe desenfundó su metal para rebanarle el cuello al soldado, pero este le dijo, con el aplomo de quien no teme morir: «Si no me crees, mándame al Hades. Pero tan seguro estoy de lo que te cuento que no temo por mi vida, a pesar del dolor que mi muerte causaría en mis hijos». Aturdido por la revelación del soldado, se dirigió a las cuadras donde descansaba Arión. Con las lágrimas cayendole en cascada por las mejillas, se acercó al caballo temeroso de hacer la pregunta. «¿Es cierto?», le dijo. El equino levantó sus ojos sabios y serenos hacia los de Egialeo. «¿Es cierto que mi padre es un cobarde? ¿Es verdad que no hizo nada? ¿Huyó?», escupió el joven entre sollozos. La mirada lúcida y sobrehumana que Arión clavó en la del príncipe era una afirmación rotunda e irrevocable. Allí, frente al animal, el mundo de Egialeo se desmoronó: la admiración y el respeto que sentía por su padre se hicieron añicos. En un instante, el hombre al que más idolatraba se convirtió en el hombre al que más detestaba. Por la mente de Egialeo pasaron las incontables veces que su padre le había relatado esa batalla, las ocasiones en las que le había contado cómo luchó hasta el límite de sus fuerzas para defender a sus tropas. Era mentira, todo mentira. El

príncipe pronto se dio cuenta de que en Argos todos vivían engañados, y de que los pocos que habían conseguido sobrevivir a la guerra preferían callarse la verdad; nadie les creería, y pagarían con su vida si se atrevían siquiera a insinuar que su rey era un traidor. Tampoco Egialeo se atrevió a enfrentarse a él: su figura era demasiado imponente; la sombra que proyectaba su autoridad paterna, demasiado alargada. El miedo lo paralizaba. Pero el encono se quedó anidado en su pecho, donde fue creciendo como un embrión enfermizo durante años. Egialeo estaba convencido de que llegaría el día en que podría contar la verdad; sería el día en que demostraría a Adrasto y a todo Argos que él sí poseía el arrojo para luchar por su patria. El soberano cortó el hilo de sus pensamientos.

—Habéis crecido, os habéis convertido en hombres tan fuertes como lo fueron quienes os precedieron. Y ha llegado el momento de que emprendamos una nueva campaña hacia Tebas. Debemos restituir el honor de nuestros muertos, de vuestros padres, a los que Creonte, el rey que ocupó el trono de la ciudad tras la muerte de Eteocles en la batalla, no nos permitió enterrar más que cuando yo mismo regresé a Tebas a reclamarlos acompañado de Teseo, el poderoso monarca de Atenas. Para entonces, sus cuerpos no eran más que despojos irreconocibles, convertidos en carroña para solaz de cuantos animales quisieron alimentarse con sus restos. ¡Mancillaron sus almas, la afrenta debe ser vengada!

Adrasto pronunció estas últimas palabras con furia. Notó que casi todos los Epígonos respondían a su imprecación con la misma cólera. Diomedes fue el primero que se levantó.

—¡Cuenta con mi espada! —exclamó con vehemencia y la cara enrojecida.



Egialeo se acercó al equino y le escupió la pregunta que tanto lo angustiaba.

—¡Devolveremos el honor de los caudillos, marcharé a tu lado! —añadió Anfíloco, fuera de sí.

—¡Por el honor de Argos y de los que murieron defendiéndolo! —bramó Esténelo.

—¡Por nuestros padres! —gritó Polidoro.

—¡Que los tebanos lloren para siempre recordando el día en que mancillaron a los héroes de Argos! —exclamó encendido Prómaco, que, para satisfacción de Adrasto, parecía haber recobrado el espíritu guerrero que había caracterizado a su padre Partenopeo.

Tersandro blandió su metal en el aire, y lanzó un grito que fue secundado por la mayoría de los Epígonos, incluso por Egialeo, que por fin podría demostrarle a su padre que por sus venas corría sangre de verdad, sangre de héroe:

—¡Venganza!

Alcmeón fue el único que no se había levantado, que no había unido su grito al de los demás Epígonos. Su cara estaba cruzada por un abundante caudal de lágrimas. Anfíloco fue el primero en darse cuenta. Cuando se dirigió a él, notó que el griterío belicoso que se había alzado en la sala iba amainando hasta cesar.

—Hermano, ¿qué te ocurre?

Alcmeón levantó sus ojos anegados, miró a Anfíloco y sus palabras quedaron quebradas por el llanto que lo azotaba:

—No puedo hacerlo, hermano. Tengo que cumplir una promesa que…

—¿Qué promesa? Cuéntame, ¿qué promesa, Alcmeón?

Pero este no fue capaz de articular ninguna palabra más.

2



El peplo de Atenea

Tersandro estaba desconcertado. Cuando por fin el anciano monarca había decidido acometer la expedición hacia Tebas que había de vengar el ultraje sufrido por su padre y por el resto de los caudillos, la extraña negativa de su estimado Alcmeón dejaba la empresa en suspenso. La reunión había terminado de una forma abrupta: el hijo mayor de Anfiarao se había levantado de su asiento con los ojos cargados de lágrimas, y había abandonado a toda prisa el salón tras anunciar, con la voz entrecortada, que no podía unirse a ellos. Su hermano Anfíloco, tan sorprendido como el resto de los presentes, había tratado de conocer sus motivos y de convencerlo, pero sus esfuerzos habían sido inútiles. La estupefacción se había apoderado del ánimo de los Epígonos, y también de Adrasto. Tras unos instantes de vacilación, el monarca había alzado de nuevo su voz para comunicarles que no podría emprenderse la campaña militar si no parti-

cipaban todos, como años antes hicieron sus padres: los hijos varones de los caudillos deberían unir sus fuerzas sin excepción. Y no lo reveló, pero en su fuero interno creía que la presencia de su sobrino ablandaría la voluntad de los dioses por tratarse del hijo del vidente al que él desoyó, y que eso los llevaría al triunfo que se les había escapado en el pasado. Aunque protestaron —Diomedes expuso con vehemencia que estaba dispuesto a arrasar Tebas él solo, y Prómaco propuso obligar a Alcmeón a realizar el viaje bajo amenaza de muerte, lo que provocó un violento enfrentamiento entre él y su hermano Anfíloco—, los Epígonos tuvieron que aceptar, a regañadientes, su decisión. A Tersandro se le había caído el alma a los pies. ¡Deseaba tanto empuñar su espada para resarcir el honor de su padre derramando sangre tebana! Pero ahora todo quedaba en el aire por la incomprensible decisión de Alcmeón. ¿Cómo podía oponerse a participar en la campaña? ¿Por qué no aprovechaba la oportunidad? Aunque lo conocía bien, era incapaz de imaginar qué motivo podría tener para negarse. Tersandro y él se habían hecho inseparables desde que, siendo poco más que unos niños, ambos descubrieron que compartían la misma tragedia, que sus vidas habían quedado privadas de la presencia paterna en el mismo momento; nació entonces un sentimiento que en muchos aspectos se asemejaba al fraternal. Habían pasado incontables horas fantaseando con la idea de viajar hasta Tebas para vengar a sus progenitores. Sabían que el día en que podrían cumplir sus anhelos llegaría. Y ahora que Adrasto por fin se había decidido, ahora que junto al resto de los hijos de los caídos tenían la oportunidad de dar satisfacción a su deseo, ahora que el monarca les garantizaba el apoyo

de un ejército cuantioso y les prometía que para asegurar el éxito de la misión buscaría alianzas entre las ciudades vecinas, Alcmeón se echaba atrás. No lo comprendía. Y lo peor no era eso: Tersandro se quedó profundamente preocupado por su amigo, pues parecía que en el interior de su mente se estaba librando una batalla feroz cuyas consecuencias causaban estragos en su ánimo.

Tras la decisión del rey, Tersandro había tratado de sosegar a los otros Epígonos y les había asegurado que hablaría con Alcmeón, que le haría recapacitar y que la expedición partiría hacia Tebas más pronto que tarde. Sus palabras habían calmado el ardor belicoso de los allí reunidos y habían recibido el beneplácito del soberano, que confiaba en que los estrechos lazos que unían a los dos jóvenes sirviesen para desbloquear la situación. Pero ahora, encerrado en una estancia de su residencia, Tersandro se devanaba los sesos tratando de encontrar una solución que por el momento le era esquiva. Había buscado a Alcmeón por toda la ciudad, pero parecía haberse desvanecido como lo hizo su padre años atrás. Había hablado con Anfíloco, pero el pequeño de los hijos de Anfiarao y Erífile estaba tan desconcertado como él. Erífile..., quizás podría intentarlo con ella, aunque la expectativa de reunirse con la madre de su amigo lo incomodaba. La viuda del jefe tebano era una mujer tan extraña, pensó Tersandro, tan pagada de sí misma, tan obcecada por aparentar belleza y lozanía sobre las ruinas de lo que en otros tiempos debió de haber sido un cuerpo bello y un rostro hermoso... Su madre, Argía, la detestaba profundamente. Una vez que él le preguntó por la inquina que le tenía a la progenitora de su mejor amigo, ella estalló.

Le dijo que era una víbora, y que el collar que exhibía con tanta ostentación en su ajado cuello nunca debió ser suyo. «¿Qué collar?», preguntó Tersandro, que nunca había reparado en él. «Una reliquia forjada por Hefesto para la boda de Harmonía con Cadmo, el fundador de Tebas, de donde procede tu linaje. Una joya que siempre había pertenecido a tu estirpe, hasta que tu padre se la regaló, sin que nadie llegase nunca a saber por qué, a esa mujer». Su madre le explicó también que la joya era tan suntuosa, tan resplandeciente, que quien la ostentaba se veía bella y joven, y que ese era el motivo por el cual la viuda del caudillo no se la quitaba nunca y había llenado su casa de pequeños espejos de mano para poder admirar cuando le placiera su reflejo. «Por fortuna —apostilló su madre— no la obsequió también con el peplo que la diosa Atenea tejió para las nupcias de Harmonía. Algún día esa prenda vestirá a la mujer que elijas como esposa».

◊◊◊

Hubiese preferido no tener que contemplar esa imagen: ante él tenía, desnuda, a la madre de su amigo Alcmeón. Tersandro se sintió terriblemente incómodo cuando tras contarle a la mujer que le había traído un peplo creado por una deidad que sería suyo si le prestaba ayuda, esta, como poseída por un arrebato incontrolable, se despojó a toda prisa de los ropajes que llevaba para vestirse con el atuendo divino tejido con hilo de oro. Erífile estaba mucho más envejecida de lo que el joven hubiese podido suponer. Sin el más mínimo pudor, lo único de lo que estaba pendiente la viuda de Anfiarao era del collar de Harmonía, que relucía con estridencia sobre una pequeña

mesa, a la espera de volver a adornar su cuello ajado. Erífile cubrió su decadencia con el peplo de Atenea. Alzó uno de los muchos espejos que estaban repartidos por la suntuosa estancia y esbozó algo semejante a una sonrisa, que expuso una hilera dispar de dientes amarillentos. Sus ojos oscuros, agazapados bajo unos párpados decaídos, se abrieron de par en par, convirtiendo la piel de sus extremos en un mar infinito de surcos.

—Tersandro, es... maravilloso —dijo, hipnotizada ante su propia imagen. Se puso de costado y volvió la cabeza para ver cómo le quedaba por detrás ayudándose del pequeño espejo. Admiró sus formas redondeadas y prietas, que remataban la curva armoniosa de su espalda. Ese era el cuerpo que la había abandonado hacía tanto, el cuerpo que se había ido consumiendo en su infeliz matrimonio. Estaba fascinada, pero aun así... La voz le salió más herrumbrosa que de costumbre, algo quebrada por el dolor de la renuncia que estaba a punto de consumar—. No puedo ayudarte. Yo...

—Erífile, tan solo tienes que decirme cómo puedo convencer a tu hijo mayor. Dime qué lo empujaría a decidirse, cómo podría cambiar de opinión respecto a la expedición. Solo eso, y el peplo será tuyo.

Erífile vaciló ante el pequeño espejo. La prenda le quedaba tan bien, pensó, realzaba tanto su silueta exuberante, dotaba de una luz tan seductora a su piel sedosa... Y junto con el collar que le había regalado el padre del joven que tenía frente a ella, el milagro se completaba: era de nuevo la mujer deseable que había sido en su juventud. Pero ya había vivido esa situación, la de sentirse tentada por el regalo de un Labdácida, de un descendiente de la estirpe de Cadmo, y aceptarlo. Las consecuencias de esa decisión la habían

acompañado desde entonces. No había pasado una sola noche sin que se le apareciese el rostro de su esposo Anfiarao mirándola con severidad, en una imagen perturbadora que se repetía invariablemente: el caudillo y vidente caminaba por una tierra árida y oscura, bajo un cielo negro, rodeado de almas espectrales que flotaban a su alrededor, y desde allí, sin decirle una sola palabra, la apuñalaba con sus ojos azules. Cada mañana se despertaba turbada, hasta que se colgaba el collar y su resplandor dorado volvía a iluminar su rostro y a caldear su alma. Había cambiado la vida de su esposo por una joya. Había condenado al padre de sus vástagos a la muerte. Y ahora el amigo de su hijo mayor le pedía ayuda para convencer a Alcmeón, para mandarlo a Tebas, de nuevo a Tebas... No podía. Tersandro interpretó con acierto su mirada vidriosa, el lamento que se escapaba de su boca reseca. Se le acercó por detrás y, dirigiéndose a su reflejo, le susurró con una voz sibilina:

—Erífile, Alcmeón no será feliz hasta que pueda vengar la desaparición de su padre. Pero si no estás dispuesta a ayudarlo, si no quieres liberar a tu hijo del pesar que lo azota, será mejor que te desprendas de esto.

Mientras hablaba, posó con delicadeza sus manos en los hombros huesudos de la mujer y las deslizó hacia los brazos, arrastrando con su movimiento los tirantes del peplo. La prenda resbaló por su cuerpo hasta caer al suelo y Erífile se quedó, de nuevo, desnuda. Se dio la vuelta para no ver la imagen decrépita que le devolvía el reflejo, pero Tersandro la agarró por el costado y la obligó a enfrentarse de nuevo a su realidad, expuesta ante ella. Con sutileza, Tersandro se agachó, agarró la prenda que reposaba en sus tobillos y la fue subiendo



Erífile admiró las formas que el peplo dorado de Atenea modelaba en su cuerpo.

por sus piernas hasta cubrir de nuevo su figura caduca. Embelesada, Erífile se convenció de que, esta vez, en la lejana Tebas, todo podía ser diferente para los hombres de su familia.

◇◇◇

Tan pronto como Alcmeón abandonó el mégaron donde el rey los había convocado, salió del palacio a toda prisa hacia su residencia, se hizo con su caballo más veloz, cargó su zurrón con algunos víveres y, sin mediar palabra con nadie, atravesó las puertas de la muralla y se alejó al galope de Argos. Necesitaba aire, necesitaba pensar. Sentía que su cabeza iba a estallar de un momento a otro, que su corazón iba a derretirse en su pecho. A la angustia que le producía ver cómo se acercaba el día en que iba a llegar a la edad viril y, por tanto, cómo se hacía más inevitable el momento en que debería cumplir la terrible promesa que le hizo a su padre, se sumaba la propuesta de la expedición a Tebas. ¿Por qué justo ahora, después de tantos años esperando ese momento? ¿Por qué el destino había querido que los dos cometidos más importantes de su vida coincidieran en el tiempo? Alcmeón se dirigió hacia el norte, cabalgó durante horas hasta que la oscuridad los engulló a él y a su equino. Paró en un prado, sin más techo que el cielo, se tumbó sobre la hierba. Esa noche apenas consiguió dormir. Tampoco tuvo demasiado éxito las dos siguientes. El cuarto día, cansado y hambriento, pero más sosegado, reemprendió el camino de regreso a Argos.

A lo lejos, fue avistado desde lo alto de la muralla por uno de los sirvientes de Tersandro, apostado allí desde que el Epígono había huido. Corrió a avisarlo de que su amigo estaba de vuelta. El hijo de Polinices, que no dudaba que Alcmeón

retornaría al cabo de poco, se dirigió a su hogar a esperarlo. Cuando se vieron, los dos amigos se unieron en un sincero abrazo. Ya dentro de la casa, frente a una abundante mesa colmada de viandas preparadas por los esclavos, el primogénito de Anfiarao pareció recomponerse. Tras interesarse por su estado y tratar de averiguar qué había obnubilado su mente, Tersandro comenzó a desplegar la treta que le había sugerido Erífile. No le gustaba lo que estaba a punto de hacer, pero vengar la muerte de su padre estaba por encima de cualquier otra consideración, incluso de los profundos lazos que lo unían a Alcmeón.

—Amigo, estos días en que has estado ausente he acudido, con gran inquietud por tu estado, al oráculo de Delfos. En mi ánimo estaba averiguar qué te ocurría y cómo podría ayudarte. Esperaba del vidente algo de luz sobre las tinieblas que parecen envolverte. Pero lo que encontré, para mi sorpresa, fue un vaticinio que me heló la sangre. —Bajó la mirada, aparentando una congoja que no sentía. Intrigado, Alcmeón lo instó a seguir—. El profeta me reveló que en sus rituales había visto, de nuevo, sangre argiva derramada por manos tebanas, sangre joven y noble, sangre con hambre de sangre. La de los Epígonos, la nuestra. Me dijo que la expedición estaba condenada al desastre.

Tersandro se tapó la cara con las manos, escondiendo tras ellas lo que pretendía ser una gran angustia. Alcmeón se acercó a él, lo confortó y le dijo:

—Si eso es lo que ha dicho, no debéis partir. Habrá tiempo para ejecutar nuestra venganza, Tersandro.

—Dijo algo más, amigo mío. Dijo que la misión es inevitable, que las fuerzas colosales que guían nuestra sed de

justicia no pueden ser detenidas, pues esto acarrearía consecuencias aún más trágicas para nuestra ciudad; el anhelo de vindicta que nos consume estallaría en nuestra patria, la violencia se expandiría por sus calles, la muerte caería sobre el corazón de Argos, y seríamos nosotros quienes la traeríamos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

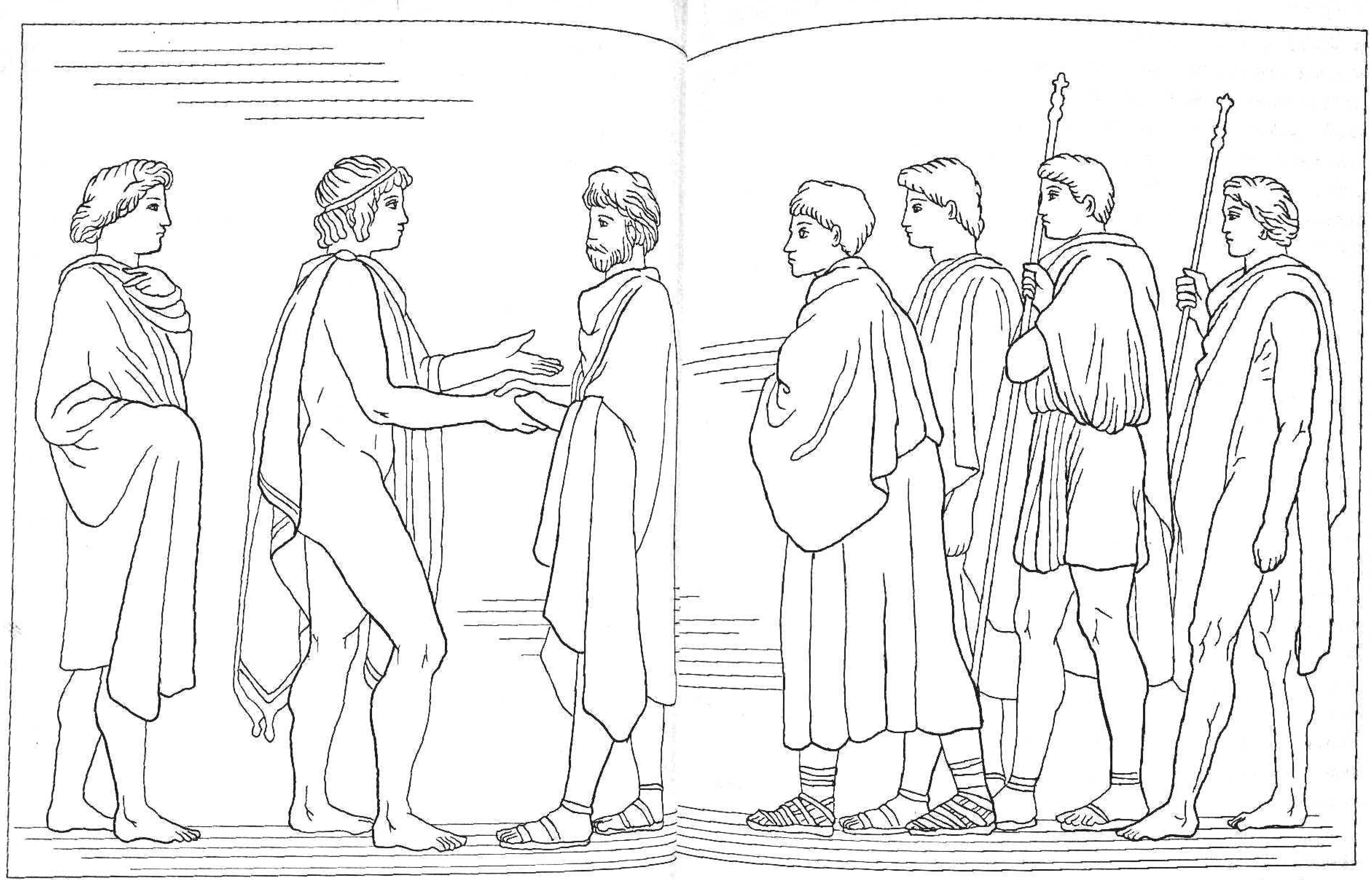
—El oráculo me reveló que nuestro sino puede revertirse. Sus palabras fueron: «Solamente si quien os lidera proviene de la simiente de un adivino podréis alzaros con la victoria, solamente así regresaréis indemnes a vuestros hogares». ¿Lo comprendes, Alcmeón? «La simiente de un adivino». ¡Tu padre tenía dones proféticos! ¡Tú debes liderar la expedición! ¡Debes liderarla o nos condenarás a todos a una muerte segura! ¡Incluso a tu propio hermano! ¿Lo comprendes? Sea lo que sea que debes hacer, te imploro que esperes hasta la vuelta. ¡Por favor! —rogó con la voz entrecortada por un llanto que fingió con asombrosa facilidad—. En nombre de los que nos precedieron y dejaron su alma en Tebas, en nombre de la vida de Anfíloco, ¡te lo suplico!

∞

Los Epígonos —reunidos de nuevo después de que Tersandro informase al rey de que Alcmeón había cambiado de parecer— celebraron con gran alboroto la decisión del hijo de Anfiarao, cuyo semblante no transmitía el entusiasmo de sus compañeros; había aceptado unirse a ellos después de escuchar a su amigo, e impelido por el temor cerval de que a Anfíloco le ocurriese algo durante la campaña belicosa, así como por su respeto insondable por todo aquel que, como su padre, tuviese el don de la profecía. Su hermano lo abrazó con una vehemencia que lo dejó unos momentos sin aliento; Esténelo, Polidoro y Diomedes lanzaron alaridos de júbilo llevados por la euforia; Prómaco alzó su espada para saludar su resolución e instó al resto de los presentes a hacer lo mismo. Incluso el indolente Egialeo mostró una satisfacción desmedida, cosa que sorprendió al monarca. Tras unos instantes de celebración, Adrasto se impuso sobre el retumbar masculino con su voz grave pero avejentada. Los demás callaron y tomaron asiento.

—Mis leales y fieles Epígonos, la intercesión de mi nieto Tersandro y el buen juicio de mi sobrino Alcmeón llenan mi alma de gozo. A los dos debería corresponder el honor de liderar la expedición, pero según me ha revelado el vástago de mi hija, el oráculo profetizó que quien debe llevar a Argos a la victoria ha de ser el descendiente de un hombre tocado con el don de la videncia. —Ni Adrasto ni ninguno de los presentes repararon en que Tersandro bajó la mirada cuando su abuelo habló de su inventada consulta—. Sea así, pues, que mi sobrino, el primogénito de mi malhadado cuñado Anfiarao, dirija a nuestro poderoso ejército en la batalla que se librará en Tebas. —Y, para sorpresa de Tersandro, añadió—: Y si con la ayuda de los dioses salimos victoriosos del combate, que sea Tersandro quien se convierta en rey de esa ciudad. Él habría sido el legítimo heredero al trono tebano si su padre Polinices no hubiese sido traicionado por su hermano Eteocles.

Tersandro sintió una oleada de excitación creciendo en su interior, y cruzó una mirada con el rey, que lo observaba con orgullo. El monarca se volvió entonces con solemnidad hacia Alcmeón. El joven estaba sorprendido. Había entrado



Reunidos los Epígonos celebraron con alboroto la decisión del hijo de Anfiarao.

en la sala con reticencias, pero tras la propuesta de su tío, el respetado rey junto al que sirvió su padre, ¿cómo podía negarse a semejante honor? Después de todo, se había convencido de que no ocurriría nada por postergar unas semanas la promesa que estaba muy cerca de tener que cumplir; a decir verdad, si exploraba su conciencia sentía un alivio notable por poder aplazar un tiempo su ejecución. Solo era eso, se dijo para reforzar su decisión: nada más regresar de la campaña militar haría lo que su padre le había pedido, sin dilación. Además, aceptando la invitación de Adrasto, por fin podría satisfacer sus anhelos y vengar la desaparición de Anfiarao y el humillante trato que recibieron el resto de los caudillos. ¡Y además lo haría como jefe del ejército de su ciudad! ¡Qué inesperado honor! Estaba dispuesto a ser merecedor de la confianza que el soberano depositaba en él, y sabía que su padre no podría estar más satisfecho de ver a su primogénito al frente de las fuerzas de su patria. Notó sobre sí el peso de las miradas del monarca y de sus compañeros: los Epígonos esperaban que aceptara el encargo que el rey de Argos le encomendaba, que dijera unas palabras de aliento, que lanzara una exhortación encendida. Henchido de orgullo, Alcmeón se puso en pie y, dirigiéndose a los hombres que lo secundaban, les dijo:

—¡Que Atenea se ponga de nuestro lado! ¡Que los tebanos maldigan el día en que su rey Creonte les ordenó mancillar los cuerpos y las almas de los argivos! ¡Por nuestros padres! ¡Por nuestra patria!

El bramido que lanzaron todos retumbó más allá de la gruesa puerta de madera que cerraba la sala, cruzó los imbricados pasillos de la residencia real, traspasó la suntuosa

entrada del palacio del monarca y se expandió por las calles de Argos. Cuarenta albas más tarde, la ciudad despidió a sus héroes y a su ejército, engordado con la fuerza militar de las vecinas Mesenia, Arcadia, Corinto y Mégara, con las que Adrasto selló provechosas alianzas valiéndose de su astucia diplomática. La coalición que formaban era temible: decenas de miles de hombres luciendo los escudos de sus respectivas patrias y blandiendo sus armas afiladas y refulgentes llegaron a Argos, y desde allí partieron hacia la lejana Tebas, haciendo temblar la tierra a su paso. Alcmeón, secundado por aquellos a los que todos conocían como los Epígonos y cabalgando junto al rey —erguido sobre la grupa de Arión, cuyas alas se mantenían, por el momento, plegadas a sus costados—, iba al frente de todos ellos con un solo pensamiento en la mente: vengar a los muertos de la primera campaña contra Tebas y regresar para cumplir inexorablemente su promesa; los preparativos de la expedición no le habían dejado tiempo para satisfacer la última voluntad de su padre, a pesar de que ya hacía algunos días que había alcanzado la edad viril.

◇◇◇

Laodamante estaba absorto observando la corriente del Dirce, escuchando el fluir tranquilo de sus aguas cristalinas, deteniendo su mirada en los meandros que abundaban a su paso por las tierras fértiles de esa parte de la región beocia. El joven paseaba a menudo por los campos y los bosques de los alrededores de su ciudad. Sentía la necesidad, casi física, de transitar por los escenarios que habían marcado las vicisitudes de su familia. No era infrecuente que visitara el saliente rocoso donde su abuelo, el rey Edipo, había vencido con su

ingenio a la esfinge que tenía aterrorizados a los habitantes de la urbe, que se acercase a la cueva donde su tía Antígona había entregado su vida a los dioses tras ser condenada a morir, que se arrodillase frente a la puerta de Electra para agarrar un puñado de la tierra reseca donde su padre Eteocles y su tío Polinices habían sucumbido tras darse muerte el uno al otro. De todo hacía ya mucho tiempo, aunque el eco de esos actos retumbaba de forma atronadora hasta el presente. Hoy, en uno de sus devaneos, se había acercado al río donde cuatro hermanos —Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene— pasaron tantos momentos de felicidad antes de que la tragedia partiese sus vidas con la fuerza de un rayo divino, donde tantas veces se habían bañado entregados a la algarabía propia de la juventud, ajenos a un devenir que trajo la desgracia a su estirpe y selló el destino de sus descendientes, su propio destino. A menudo, el joven necesitaba reflexionar sobre los hechos que lo habían llevado, a una edad tan temprana, a la posición que ahora ostentaba: Laodamante era el monarca de Tebas, pero también el nieto de Edipo, cuyos actos aberrantes habían traído la deshonra a la casa de los Labdácidas, y el hijo de Eteocles y sobrino de Polinices, cuyo enfrentamiento por el trono tebano tras el destierro de Edipo había provocado una batalla cruenta frente a las murallas de la ciudad que había sembrado la tierra de cadáveres. Laodamante era el sucesor de Creonte, el cuñado de su abuelo y tío de su padre, que se había hecho con el trono tras la muerte de los dos herederos y había afrentado a los dioses al no permitir que los cuerpos de los caudillos enemigos fuesen honrados. Hubiese entregado su reinado a cambio de que la historia de su familia hubiese fluido tan plácidamente como lo hacían las aguas del Dirce.

Esa misma tarde, el soberano se reunió en asamblea con sus consejeros en el mégaron. Recostado en un sillón suntuoso, despachaba con ellos mientras pensaba en su abuela Yocasta, que se había quitado la vida al descubrir que su esposo era también su hijo, en su abuelo Edipo, que se había arrancado los ojos al saber de su inconsciente dislate, en su padre y sus tíos, que habían aullado de dolor al revelarse ante ellos la mentira en la que habían vivido y la tragedia en la que para siempre existirían. Laodamante pensaba en ellos mientras a su alrededor un grupo de hombres debatía sobre asuntos concernientes a la ciudad, que él oía sin prestar atención aunque su aspecto parecía demostrar todo lo contrario: el rey miraba fijamente a sus interlocutores, hacía ligeros movimientos con la cabeza para subrayar palabras que no atendía, emitía ocasionales murmullos de aprobación que eran recibidos con satisfacción. Pero no estaba allí, su mente se revolvía enterrada entre los escombros del pasado de su linaje. Tan solo reaccionó cuando un soldado de su guardia entró a toda prisa en la estancia para comunicarle una importante noticia:

—Una avanzadilla —le dijo con voz nerviosa— informa de que la vecina Glisante ha sido arrasada por un ejército colosal, que ha establecido su campamento a los pies del monte Hípato. Lucen las insignias de Mesenia, Arcadia, Corinto y Mégara. Y, por delante de todas ellas, la de Argos.

Actuando por pura inercia, Laodamante dio la orden de movilizar de inmediato a las tropas de la ciudad, apostarlas ante la armada foránea y prepararse para la más que probable batalla. Pero casi no se sorprendió por la información que le suministró el militar; le parecía inevitable que algún día los actos de sus parientes retornaran a su patria de forma

violenta. En cambio, recordó con una claridad cristalina la profecía que Tiresias, el adivino ciego y vetusto que había anunciado con acierto todas las desgracias que habían caído sobre la ciudad desde antes de que Edipo fuese concebido, le había revelado unas semanas atrás: «Tebas resistirá mientras quede vivo uno solo de los miembros de la expedición argiva original. Después, caerá».



3

La segunda guerra de Tebas

Las piedras que lanzaba el niño iban dirigidas a la corteza de un árbol solitario que se alzaba junto al camino que serpenteaba hasta su pueblo. El pequeño se entretenía imaginando que el grueso tronco era el cuerpo de un monstruoso enemigo, y que las ramas que salían del leño eran una multitud de brazos largos y robustos con los que pretendía apresarlo. La criatura agarraba los guijarros del terreno y, con todas las fuerzas de sus músculos infantiles, los tiraba contra su inmóvil adversario. Cada vez que sus proyectiles golpeaban la madera, produciendo un sonido breve y sordo, su rostro se iluminaba con una gran sonrisa, sus bellos ojos verdes lanzaban destellos de emoción y los pequeños saltos que daba hacían danzar en el aire sus cabellos claros. Cuando estaba arqueando su cuerpo delgado para disparar otro pedrusco, un rumor lo distrajo y erró su objetivo. Enojado por haber fallado ante su temible rival, el muchacho torció el gesto en

una mueca de fastidio, pero en cuanto se dio cuenta de que el ruido aumentaba, aguzó el oído para escucharlo mejor. Con la cabeza orientada hacia la lejanía, percibió un retumbar distante. Primero pensó que se acercaba una tormenta, pero pronto se dio cuenta de que esa especie de trueno persistente no provenía del cielo, despejado de nubes aquella calurosa mañana: parecía proceder de la ladera del cercano monte Hípato. El sonido era cada vez más evidente, y crecía en intensidad. También notó a través de sus pies descalzos que el suelo vibraba, y comenzó a alarmarse cuando se dio cuenta de que el temblor se hacía mayor a medida que el estruendo era más notorio. Levantó la vista hacia el monte, y fue entonces cuando su pequeña boca se abrió de par en par y de su garganta salió una exclamación provocada por la sorpresa, pero también por el miedo: una gigantesca nube de polvo se alzaba por delante de la formación rocosa, una nube marrón que se iba acercando por momentos. Comenzó a temblar, pero antes de salir a la carrera para ir a refugiarse a su hogar, antes de dar la voz de alarma a todo aquel con el que se cruzase en su huida atropellada, el niño todavía tuvo tiempo de ver qué provocaba ese inquietante fenómeno: un ejército formado por miles de hombres que avanzaban directos hacia su villa, Glisante. Fue en ese momento cuando dejó caer los guijarros que todavía sostenía en las manos y salió a correr.

Al cabo de pocos minutos, la misma entrada a la pequeña ciudad por la que había cruzado el niño fue hollada por los soldados, algunos a caballo, la mayoría a pie. Iban armados con espadas, con lanzas, con dagas, con arcos y flechas. Lucían insignias de Argos, pero también de Mesenia, de Arcadia,

de Corinto y de Mégara. Y tal como habían hecho en las aldeas circundantes y en los campos vecinos, arrasaron Glisante en una orgía de destrucción que se alargó durante un día entero. Las endebles edificaciones de adobe cayeron ante el ímpetu aniquilador de los invasores. Los pocos templos que había en la ciudad fueron derruidos hasta que no quedó de ellos piedra sobre piedra. El pánico se extendió entre los habitantes, que ni esperaban un ataque como aquel ni estaban preparados para repelerlo. La mayoría se vieron obligados a abandonarlo todo y huir hacia el bosque; los que se quedaron perecieron atravesados por las furiosas armas enemigas, sedientas de sangre. Cuando el sol volvió a salir por el horizonte, la ciudad se despertó en ruinas, humeando por la multitud de heridas infligidas a sus calles. Alcmeón y los Epígonos no solo querían vengar a sus muertos; desde que pusieron los pies en la región beocia, la misma donde se asentaba Tebas, tomaron la determinación de asolar cuanto encontraran en su camino. Estaban dispuestos a que los ecos de su venganza retumbasen hasta en el mismísimo Olimpo.

◇◇◇

Dos días después de su incursión en Glisante y de establecer un campamento a los pies del Hípato, la expedición argiva se preparó para seguir avanzando; esta vez no se detendrían hasta llegar a Tebas, ya tan cercana. El ejército estaba listo, con Alcmeón al frente. El hijo de Anfiarao se encontraba cada vez más cómodo en su papel de líder. Sus reticencias iniciales, las que tuvo cuando su tío le propuso dirigirlo, habían desaparecido. Ya no era solamente que estuviese inmensamente honrado por guiar al ejército de su

ciudad, sentía que él era, de todos los Epígonos, quien tenía más derecho a hacerlo, y quien estaba más capacitado. A fin de cuentas, el vaticinio de Apolo que le había revelado su buen amigo Tersandro así lo había anunciado. Era su destino, y lo había aceptado plenamente.

Adrasto se situó a su lado, y se dispuso a pronunciar unas palabras dirigidas a sus hombres. Tersandro los tenía enfrente. Cuando, tras arrasar Glisante, Alcmeón decidió detenerse para reponer fuerzas tras largos días de travesía y extenuantes jornadas de destrucción por Beocia en su camino hacia Tebas, el hijo de Polinices tuvo la tentación de protestar. Ansiaba llegar cuanto antes a las puertas de la ciudad que fundaron sus ancestros, de la patria donde él mismo tendría que haber nacido, de la urbe donde debió reinar su padre y frente a la que había muerto, de la tierra donde su cuerpo se descompuso sin recibir más ritos que los que le profesó su desventurada tía Antígona, que pagó con su vida su piadosa acción. Tersandro notaba que el corazón se le revolvía en el pecho, que el deseo por desenfundar su metal para vengar a su estirpe aumentaba con cada paso que daba hacia su destino. Pero tuvo que esperar: Alcmeón, además de ofrecer reposo a sus tropas, quería preparar con el resto de los jefes militares una estrategia que les asegurase la victoria. Aprovechando la ingente cantidad de efectivos de que disponían, resolvieron estrechar un cerco sobre Tebas, impedir la salida de sus tropas y asediar la ciudad hasta doblegarla. Solo entonces derribarían sus siete puertas y la destruirían. El líder de la expedición no quería que se repitiesen los errores que llevaron a sus progenitores a caer en tierra tebana. Esta vez, la victoria solo podía caer del bando de los argivos y sus aliados.

Durante los días que duró la travesía desde Argos, Tersandro comprobó que no era el único que albergaba la idea de verter sangre tebana. Había intercambiado impresiones con Diomedes, y los pocos gruñidos que emitió su primo eran imprecaciones cargadas de resentimiento y odio. Anfíloco le había confesado ante una jarra de vino que, aunque no recordaba a su padre, quería vengar su desaparición para sosegar el alma de su hermano y para reparar el daño que su ausencia había causado a su familia. Cuando abordó a Esténelo, a este se le llenaron los ojos de lágrimas, y fue incapaz de hablar de su progenitor, pero Tersandro observó que su mirada transparente se tornaba oscura y brutal. Polidoro le reveló que ajustar cuentas con los que mataron a su padre y ultrajaron su alma no aliviaría su dolor, aunque sentía que debía hacerlo para honrarlo. En cambio, Prómaco llevaba, como él mismo, toda la vida esperando este momento, y nada ansiaba más que ejecutar su desquite. Solamente le intrigaba su tío Egialeo, algo más joven que el propio Tersandro; ¿por qué el hijo del rey, de habitual tan indiferente a los asuntos de su familia y de su ciudad, se mostraba tan beligerante? Había exhibido una furia desmedida en cada una de las poblaciones que habían saqueado y esgrimido su metal con más cólera que nadie contra los que trataban de impedir sus propósitos destructores. A fin de cuentas, él era, de todos los caudillos de la actual expedición, el único que no tenía un padre al que vengar. Tersandro no lograba comprender sus motivaciones, aunque en el fondo no le importaba cuáles fueran: una espada que luchara a su lado y lo ayudara a satisfacer su sed de sangre tebana era una buena espada. Se fijó en la cara de repulsión que puso en cuanto

Adrasto, a lomos de su majestuoso caballo alado, comenzó su discurso grandilocuente.

—Si mis fuerzas no fueran ya escasas, yo mismo os guiaría hasta las puertas de Tebas, y empuñaría mi espada más afilada para atravesar el corazón de nuestros enemigos y horadar las altas murallas de su ciudad. Nada lamento más que sentir que mis brazos ya no pueden sostener mi arma como lo hacían antaño, nada me causa más pesar que saber que mi presencia en el campo de batalla sería más un estorbo que una ayuda.

Las palabras del monarca revolvieron el estómago de su hijo. ¿Cómo podía ser que nadie se diese cuenta de que el dramatismo de su discurso era impostado, que no había en sus palabras sino falsedades? ¿Por qué nadie reparaba en que su padre era un cobarde, un farsante incapaz de liderar a su pueblo en los momentos tempestuosos? Sentía repulsión por el hombre que todos creían que era un soberano venerable, un anciano digno de respeto. Si hubiese tenido el valor de enfrentarse a él cuando supo de su vergonzosa actuación en la batalla anterior, si hubiese sido capaz de contarles a todos que Adrasto no hizo por sus tropas nada más que arengarlas y lanzarlas a un barrizal de sangre y muerte... Pero ahora, por fin, podría desquitarse: las verdades que nunca había conseguido pronunciar las transformaría en letales golpes de su espada contra los enemigos de Argos. Iba a devolver la honra a su estirpe, manchada por la cobardía de su padre, y lo haría ante los ojos de los Epígonos, de los soldados de su patria y de Ares.

Ajeno a los pensamientos que envenenaban la mente de su hijo, Adrasto prosiguió su perorata:

—No obstante, mis queridos amigos, mi corazón no podría estar más henchido de orgullo y de serenidad sabiendo que

el destino de esta empresa que hemos emprendido descansa en las manos del noble Alcmeón. El hijo del buen Anfiarao guiará a nuestra ciudad a una victoria que limpiará la deshonra que cometieron los tebanos con vuestros padres, los siete caudillos, y con los miles de valerosos soldados argivos que perdieron su juventud frente a las puertas de Tebas. —Y, entregándole su espada ornamentada con incrustaciones de oro, le dijo al líder de la expedición, solemne—: ¡Que los dioses estén contigo y te guíen hacia la victoria!

Alcmeón recibió el arma con gran respeto. Miró al rey a los ojos y lo saludó con un leve movimiento de la cabeza, un gesto con el que quería transmitirle al monarca que aceptaba el desafío, que se sentía infinitamente orgulloso de liderar a las tropas en esta batalla, que no le fallaría a su ciudad, ni a su padre, ni a todos los que perecieron tan cerca de donde ahora se encontraban. Alcmeón hizo girar a su caballo hasta quedarse enfrente de los Epígonos. Observó sus rostros contraídos por la tensión, comprendió la emoción profunda que los embargaba en un momento como aquel, sintió la responsabilidad de conducirlos hacia un triunfo justo que reparase las infamias del pasado. Su voz se convirtió en un trueno que llegó a los oídos de los soldados que secundaban a los Epígonos.

—¡Tomemos Tebas o engordemos su tierra con nuestra sangre! ¡Por nuestros padres!

Su imprecación fue seguida por un clamor colosal que salió de las gargantas de sus siete compañeros de empresa, del resto de los jefes de las ciudades del Peloponeso que los acompañaban y de los miles de hombres que habían viajado desde tan lejos hasta esta tierra, de donde no tenían intención de marcharse más que con la gloria del triunfo. Adrasto,

antes de ordenar a Arión que lo alejase por los aires de aquel escenario, sintió un escalofrío: las palabras de Alcmeón eran casi las mismas con las que él había espoleado a sus caudillos tantos años atrás. Cuando el equino se elevó por encima del ejército, batiendo sus majestuosas alas negras, el estremecimiento del rey se convirtió en pavor: desde las alturas, fue el primero en divisar a las tropas tebanas, que se acercaban a toda prisa desde el costado este de Glisante. La coalición liderada por Argos iba a ser abordada antes de poder lanzar su ataque final, y el combate no tendría lugar frente a Tebas, como habían planificado. Adrasto notó que la angustia le crecía en el pecho. Su hijo estaba allí abajo.

◇◇◇

El ejército que tenía enfrente superaba, en mucho, a lo que había previsto que se encontraría a los pies del Hípato. La información de sus emisarios se había quedado muy corta. Laodamante entendió que esta vez las fuerzas de Argos habían venido hasta Tebas a hacerse con la victoria que no pudieron conseguir en la anterior expedición, y que contaban con el poder necesario para salir triunfales. Reforzados con miles de hombres de ciudades vecinas, su presencia era intimidatoria. Hasta donde alcanzaba la vista, el rey de Tebas solo veía insignias extranjeras, yelmos resplandecientes, corazas centelleantes, escudos brillantes, armas que refulgían bajo el sol, lanzas que se erguían amenazadoras, y soldados en una cantidad tan ingente que parecía no terminar nunca... Aún estaba tratando de asumir esa realidad, intentando comprender cómo podría resistir ante semejante armada, cuando vio una imagen que lo dejó aún más anonadado: junto al templo

de Júpiter que se alzaba en la cima del monte, un equino hizo batir sus grandes alas negras hasta posarse con suavidad sobre la tierra. ¡Arión! Y si ese era el animal fantástico del que tanto había oído hablar, su jinete no podía ser otro que Adrasto, ya que solo él lo podía cabalgar. ¡El rey de Argos estaba allí, uno de los miembros de la expedición original! De inmediato, se giró hacia sus jefes. La orden que gritó fue contundente, su voz estaba impregnada por el temor.

—¡Escuchadme bien! Bajo ningún concepto debe ocurrirle nada a Adrasto —dijo señalando hacia donde estaba—. ¡Pase lo que pase, no lo ataquéis! Y si es necesario, protegedlo, incluso con vuestra vida. ¡El destino de nuestra ciudad depende de él!

La mirada de sus caudillos revelaba extrañeza, pero el tono de su rey no dejaba lugar a dudas. Cuando Laodamante lanzó a su ejército contra la coalición argiva, convencido de que las únicas opciones de Tebas pasaban por mantener la lucha tan alejada cuanto fuera posible de las puertas de la ciudad, ninguno de sus arqueros apuntaba hacia el Hípato.

◇◇◇

Las primeras hordas de soldados de ambas facciones chocaron en la llanura que se extendía frente a los restos de Glisante. La planicie quedó inundada por el sonido atronador de la guerra: el estallido metálico de las espadas chocando, el ruido ensordecedor de los escudos de bronce repeliendo las embestidas de las puntas afiladas, el silbido amenazador de las flechas aguijoneando el aire, los cascos de los caballos de los oficiales restallando contra el terreno adusto, los alaridos feroces de los soldados dispuestos a morir por su patria, pero también los gritos

agónicos de aquellos que ya habían sido heridos de muerte en las embestidas iniciales de la refriega... La sangre comenzó a encharcar la tierra, y pronto el campo de batalla se convirtió en un barrizal que se iba engordando con los cuerpos heridos, moribundos o inanes con los que las dos facciones lo alimentaban. Desde un extremo y otro de la escaramuza, Alcmeón y Laodamante observaban a sus respectivos ejércitos. El hijo de Anfiarao era consciente de la superioridad de sus tropas, pero también sabía que los tebanos eran feroces luchadores, y que el éxito de su empresa dependía, en parte, de que la guerra durase poco; no quería regresar a su patria con un cargamento obsceno de cadáveres argivos. Por su parte, el hijo de Eteocles esperaba poder retener a las tropas enemigas el tiempo suficiente para pedir ayuda a algunas ciudades vecinas; sabía que, si solo podía contar con su ejército, sus opciones de resistir serían escasas, e irían disminuyendo con el paso de las horas. Sus emisarios ya estaban camino de las ciudades más importantes de la región. Si no conseguían ayuda militar, Tebas no tendría posibilidades.

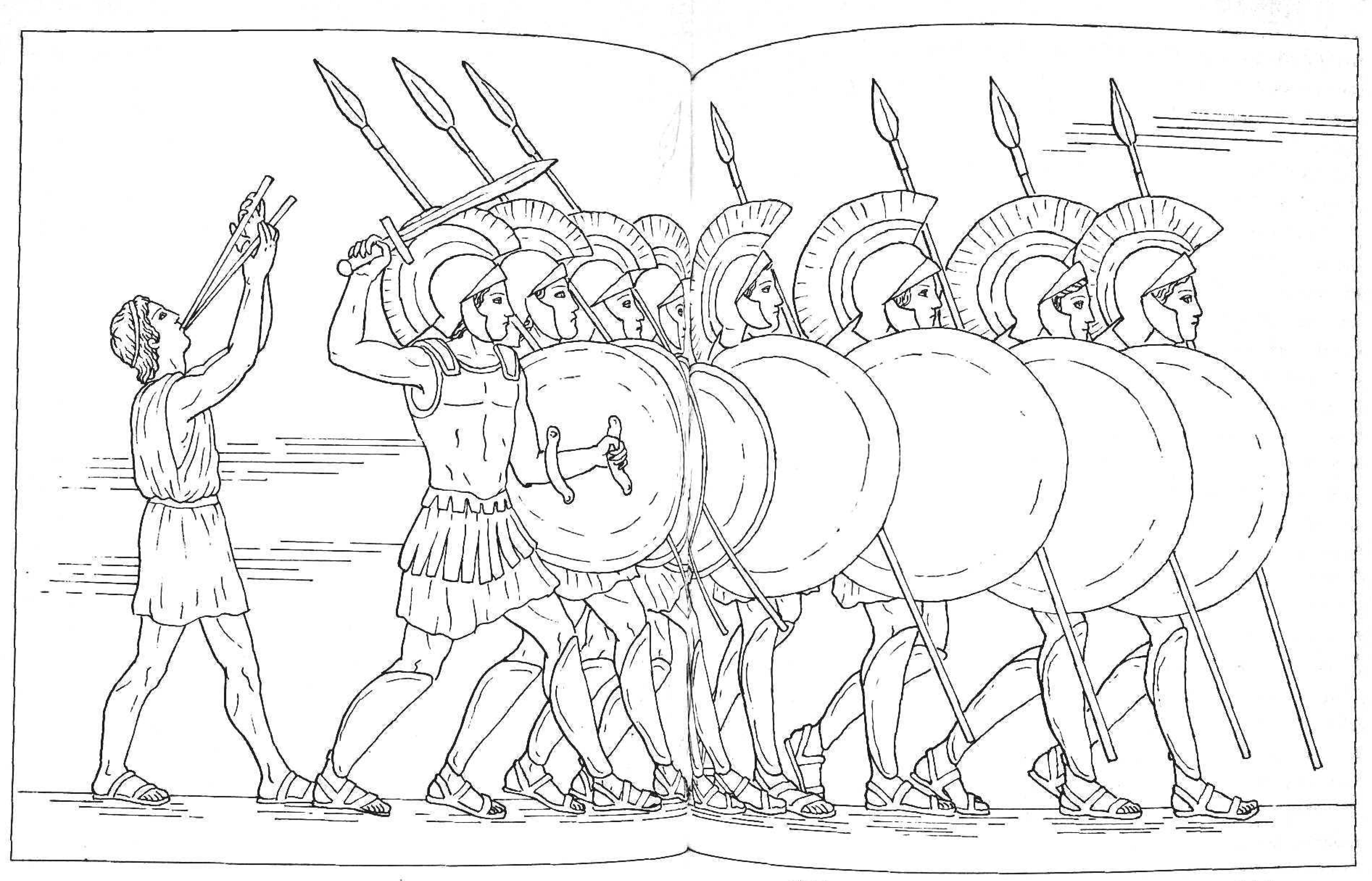
◇◇◇

Diomedes condujo alrededor de Glisante a la numerosa falange que lideraba. Alcmeón le había ordenado que diese ese rodeo para sorprender a los tebanos por la retaguardia. Aunque hubiese preferido lanzarse contra ellos en el mismo momento en que comenzó la batalla —estar tan cerca de la ciudad donde su padre pereció lo encolerizaba, nada ansiaba más que hundir su espada en tantos corazones enemigos como pudiera—, obedeció de inmediato al líder de la expedición. Mientras cruzaba sobre su caballo el terreno que lo

separaba de su objetivo, sin ni siquiera observar las ruinas de la ciudad que había contribuido a destruir unos días atrás, le vinieron a la mente las palabras que su madre Deípile tantas veces le había repetido, con los ojos ensombrecidos por el pesar: «Diomedes, hijo mío, te pareces tanto a tu padre...». Para el adulto en que se había convertido era un orgullo extraordinario que lo comparase con un hombre de la bravura de Tideo, aunque en ocasiones se despertaba a media noche sobresaltado, asfixiado por el peso de la responsabilidad que eso suponía. Le atemorizaba —aunque nunca lo reconocería— no estar a la altura de la leyenda de su padre, el hombre del que su abuelo Adrasto le había contado que, frente a las puertas de Tebas y ante el mismísimo rey Eteocles, había derribado con solo dos estocadas al más temible de los colosos tebanos. Tideo había sido un auténtico héroe. Y si para no deshonrar el nombre de su predecesor debía acabar él solo con todos los soldados enemigos, lo haría. Si para no agraviar la memoria de su progenitor debía destripar con su arma a cada uno de los tebanos, lo haría. Si para vengar la muerte de su padre debía derribar la muralla de la ciudad y quemar sus casas y sus templos hasta los cimientos, lo haría. En poco tiempo, el joven y su guarnición alcanzaron al ejército rival. Diomedes desenfundó su espada. Cuando cercenó la cabeza del primer soldado que le salió al paso, el alarido que lanzó hizo retumbar incluso a las piedras.

◇◇◇

Egialeo parecía haber enloquecido. El hijo del rey ni siquiera atendió a las instrucciones de Alcmeón. En cuanto los soldados tebanos invadieron la planicie y se dirigieron



El líder del ejército de los Epígonos era consciente de la superioridad de sus tropas.

hacia donde se encontraba la coalición liderada por Argos, el muchacho se volvió hacia el monte donde estaba su padre, erguido sobre la grupa de Arión, y le gritó:

—¡Yo no soy un cobarde!

No estaba convencido de que el monarca lo llegase a oír, pero se aseguró de que sí lo viese: espoleó a su caballo y fue el primero de los argivos en cruzar el campo y llegar ante sus enemigos. Estaba solo. Desde su montura, blandió su espada y alzó su escudo. La rabia que lo cegaba le hacía fallar muchos golpes, aunque en su frenético baile el metal de su arma hirió a unos cuantos rivales y mató a algunos de ellos. En un par de ocasiones la fortuna lo salvó de ser atravesado por las lanzas de los soldados de Tebas, que tan solo lo rozaron. Egialeo ni se percató; movía su arma con grandes aspavientos, sin precisión alguna. Alcanzaba a sus contrincantes más veces con el canto plano de la hoja que con el filo cortante, pero a pesar de eso no dejaba de espolear a su caballo ni de gritar poseído por un ánimo salvaje e inconsciente que estuvo a punto de costarle la vida cuando un oficial tebano que también iba sobre un equino se le acercó por detrás y alzó su lanza para clavarla en su cuerpo. Tersandro, que en cuanto reparó en la acción insensata de su joven tío salió galopando a su rescate, llegó justo a tiempo de rebanarle el pescuezo al adversario. Cuando consiguió que Egialeo abandonase su carrera enloquecida y volviese a las filas de Alcmeón, le sorprendió que su pariente tuviese los ojos saturados de lágrimas.

Tras rescatar a Egialeo, Tersandro vio por fin que el momento de comenzar su venganza había llegado. Su amigo Alcmeón había dispuesto que liderase a una numerosa facción de soldados hacia el flanco oeste de las tropas enemigas, y eso fue lo que hizo. Antes de lanzarse a la misión, no obstante, el hijo de Polinices descabalgó de su caballo, se arrodilló y agarró un puñado de tierra; su padre había caído en un terreno muy similar a aquel, y muy cercano. Estrujó el polvo con fuerza, dejó que se le escapara poco a poco entre los dedos y pidió a los dioses que le dieran fuerza antes de volver a su montura. Minutos después, con la armadura cubierta de la sangre tebana que él mismo había derramado, con su espada mutilando la carne de sus enemigos —provocándoles espantosas heridas, enviándolos sin compasión al Hades—, con su escudo protegiéndolo de los que pretendían herirlo, inconscientes de que nada podrían hacer para evitar que el descendiente de Cadmo ejecutara su justa venganza, se sintió colmado. Llevaba toda la vida esperando aquel momento. Tersandro no se dio cuenta, pero mientras seguía causando la muerte a su alrededor, mientras a sus pies continuaban cayendo los cuerpos sin vida de los militares tebanos, una gran sonrisa iluminaba su rostro teñido de rojo.

◇◇◇

Anfíloco y Prómaco habían conducido a su guarnición hacia el flanco contrario al de las tropas de Tersandro. Atacando por el flanco este a las fuerzas tebanas, su regimiento estaba causando un daño terrible entre sus rivales. Mientras dirigía a sus hombres e infligía castigos letales con su espada a cuantos enemigos podía, Prómaco no perdía de vista a Anfíloco, quien también luchaba intrépidamente contra los tebanos. Alcmeón le había encomendado que en el fragor de la lucha protegiese a su hermano, y que si era necesario lo apartase

del campo de batalla. Lo último que quería el jefe de los argivos era regresar a su patria con una herida profunda e irremediable en su corazón. Pero el hijo de Partenopeo pronto se dio cuenta de que el joven que combatía a su lado no iba a necesitar su ayuda: a pesar de su juventud, Anfíloco se movía con gran agilidad entre la maraña de soldados que pretendían abatirlo y, con movimientos precisos, esquivaba sus ataques y les causaba cortes terribles con la punta de su lanza. Observarlo casi le costó la vida a Prómaco, que se libró por poco del hierro de un tebano que lo embistió desde un costado. El caudillo reaccionó con velocidad, agarrando a su enemigo y degollándolo. La sangre que brotó de su cuello abierto le dejó empapado el brazo. Aunque no lo sabía, el soldado al que acababa de enviar al Hades había muerto igual que lo había hecho su padre en la planicie de Tebas. Ajeno a este hecho, Prómaco siguió diezmando a sus adversarios junto a Anfíloco.

◇◇◇

A su orden, los hombres que comandaba Polidoro tensaron sus arcos y dispararon miles de flechas; el siseo venenoso que produjeron al cruzar el aire fue lo último que oyeron los soldados que recibieron el impacto de las saetas. Siguiendo las directrices de Alcmeón, sus tropas estaban asediando a los tebanos desde la retaguardia, justo al otro lado de la zona donde la facción dirigida por Diomedes se había entregado a una orgía de muerte. Polidoro prefería participar así en la batalla: no ansiaba mancharse las manos con la sangre de los enemigos, pero sí cazarlos como si fueran bestias salvajes, acabar con tantos de ellos como fuera posible, vengar a su

padre Hipomedonte con frialdad y con una precisión letal. Desde lo alto de su caballo, se fijó en un soldado enemigo. Había perdido sus armas y corría desesperado hacia el bosque. Pretendía huir. Polidoro levantó su arco, cargó una flecha y apuntó al desertor. Cuando el proyectil le atravesó el ojo a su víctima y le perforó el cráneo, el caudillo argivo ni siquiera se deleitó en la visión del cuerpo agonizante: comenzó la búsqueda de nuevos objetivos a los que dar caza, y siguió encontrándolos. Había perdido ya la cuenta de las flechas que había disparado.

◇◇◇

Esténelo era, de todos los Epígonos, el que menos deseaba entrar en combate, aunque se esforzaba para que el rechazo que le causaba la guerra no fuese percibido por sus compañeros, que nunca hubiesen imaginado sus verdaderos pensamientos. Aunque no pasaba un día sin que pensara en su padre, el feroz Capaneo, no había heredado de este el ardor beligerante. Deseaba que los que invocaron a Zeus para que lo fulminase con un rayo en lo alto de la muralla de Tebas pagasen por su crimen, quería que la ciudad frente a la que su padre quedó reducido a cenizas ardiese hasta desaparecer, odiaba con toda su alma al ejército que tenía delante, pero hubiese preferido no tener que intervenir. Para Esténelo, la guerra era un ejercicio de brutalidad que asemejaba a los hombres con las bestias salvajes. Pero con el fin de preservar su honor no había podido rechazar la misión, ni tampoco la orden que le dio Alcmeón: internarse con sus tropas por el centro de la línea de defensa tebana e ir abriéndose paso con sus armas hasta el corazón mismo de su formación. Cuando

llevaba ya un buen rato enfrentándose a sus enemigos y acabando con incontables de ellos, cuando con las dos picas con las que atacaba había abierto estómagos y perforado pechos, cuellos y miembros, Esténelo se dio cuenta de que tal vez sí que había recibido de su progenitor el gusto por la lucha. El hijo de Capaneo se sorprendió a sí mismo gozando con esa bacanal sórdida que él mismo estaba ayudando a causar.

◇◇◇

Hacía ya rato que Laodamante era consciente de que su ejército estaba perdiendo la batalla. Las fuerzas de la coalición liderada por Argos les estaban infligiendo un castigo atroz, la cantidad de enemigos que habían caído en el fragor de la lucha era insignificante al lado del número de tebanos que estaban dejando su vida ante Glisante. El hijo de Eteocles solo vio una solución: tratar de replegar a lo que quedaba de sus tropas dentro de los muros de Tebas para poder resistir, y así ganar tiempo para esperar refuerzos o, si estos llegaban demasiado tarde, negociar con los extranjeros. Antes de dar la orden a sus soldados de retirarse hacia su patria, se fijó en lo alto del monte Hípato: sobre el lomo de Arión todavía vio a Adrasto.

◇◇◇

El anciano rey observaba con júbilo como, esta vez, las tropas de su ciudad sí estaban ganando la guerra. Todo el temor que había sentido al ver que los tebanos los habían abordado antes de lo esperado quedó disipado en poco tiempo: la colosal armada que habían conseguido reunir en el Peloponeso era muy superior a las fuerzas beocias, y sobre el terreno

los estaban aniquilando. El único motivo de preocupación del soberano era su hijo Egialeo; ¿era él quien se había lanzado a una carrera enloquecida contra la armada rival? Su vista envejecida no le había permitido discernir con claridad lo que ocurría, pero le había parecido que sobre la montura de aquel alazán cabalgaba su hijo. Aunque no comprendía por qué su descendiente lo trataba con tanta desconsideración, a pesar de que muchas veces lo desesperaba la actitud indolente de su vástago, Adrasto era consciente de que si le ocurría algo no sería capaz de perdonárselo jamás. Cuando vio que las tropas de Tebas iniciaban, notablemente diezmadas, la retirada, y que las de Argos las perseguían con toda su ferocidad, el anciano le ordenó a Arión que desplegase sus alas y siguiese a su ejército. Ahora que la victoria estaba tan cercana, quería encontrar a su hijo y apartarlo de la batalla.

4

La caída de Tebas

Transcurrían los años, pero la puerta de Electra seguía lanzando el mismo quejido herrumbroso cada vez que sus hojas de vetusta madera se abrían. El sonido chirriante de esa puerta, una de las siete que servían de entrada a Tebas, atravesaba la planicie que se extendía frente a la ciudad hasta perderse en los bosques lejanos, perforando los oídos de quienes se encontrasen a su paso. El ruido era tan molesto que incluso los propios habitantes de la ciudad, a pesar de estar habituados, torcían el gesto en cuanto percibían las primeras notas de la melodía altisonante de los goznes oxidados; algunos, por puro instinto, se tapaban los oídos. Esta vez, no obstante, para los centenares de soldados tebanos que cruzaban a toda prisa la llanura el chillido de las bisagras fue recibido con alivio: significaba que estaban llegando a su hogar. Si conseguían cerrar el portal tras cruzar la entrada, tal vez podrían resistir un tiempo ante las colosales fuerzas

de Argos y el resto de las ciudades que la secundaban. Los supervivientes de la batalla que había tenido lugar frente a Glisante eran apenas poco más de la mitad de todas las tropas que habían partido de Tebas para enfrentarse a sus enemigos. Cuando Laodamante y lo que restaba de su armada traspasaron la colosal abertura, el rey ordenó a los caudillos que habían conseguido retornar proteger las siete puertas que se repartían a lo largo de la muralla, y atrancar la entrada principal de la ciudad. Pero las dos hojas de la puerta de Electra no llegaron ni a entornarse: antes de hacerlo, el ejército de Alcmeón cruzó en tromba bajo su dintel de piedra y penetró con gran estrépito en la ciudad que había venido a destruir. Laodamante, consciente de que la ayuda que había pedido a las ciudades vecinas nunca llegaría —cuando menos, no a tiempo—, corrió a refugiarse en su palacio, mientras la guerra que se había iniciado a los pies del Hípato comenzaba a extenderse por su ciudad. En su atropellada retirada a lomos de su caballo ni siquiera se fijó en Arión, que como un pájaro colosal sobrevolaba el campo de batalla con Adrasto montado sobre su grupa. El rey seguía vivo, pero la caída de Tebas parecía ya inevitable.

◊◊◊

Los argivos y sus aliados destruyeron cuanto encontraron a su paso, y acabaron con cuantos osaron oponer resistencia; en poco tiempo, las calles de Tebas estuvieron encharcadas con la sangre de los tebanos que trataban de proteger sus bienes o sus vidas y de los soldados que pretendían salvaguardar su ciudad. A pie y a caballo, las tropas llegadas de la lejanía saquearon y destruyeron las endebles casas de adobe

que se habían alzado orgullosas hasta ese día. Con una ferocidad que ardía por el fuego alimentado por años de inquina y odio, Alcmeón y los Epígonos lideraban un macabro torbellino de muerte que a su paso arrasaba con todo. Los militares que habían conseguido escapar del campo de batalla poco podían hacer ante la avalancha argiva; por cada enemigo que abatían, caían cinco de los suyos. En poco tiempo, las tropas de Argos no encontraron más resistencia que la que oponían las paredes de las casas que querían derribar. Las gentes de Tebas que no habían sucumbido ante la embestida argiva se escondían en los templos, o trataban de huir, en vano, por alguna de las siete puertas de la muralla; se daban cuenta demasiado tarde de que más allá de los portales esperaban arqueros apostados que abatían a todo aquel que pretendía escapar.

Alcmeón, cuya espada rezumaba sangre tebana, miró a su alrededor desde lo alto de su caballo. Buscaba a Anfíloco. Antes de encontrarlo —él y Prómaco estaban ensañándose con un caudillo tebano; al principio le costó reconocer a su hermano en aquel joven poseído por la crueldad— vio, bajo una estatua dedicada a Apolo, cómo Diomedes acuchillaba a un hombre que había tratado de defenderse a pedradas; el hijo de Tideo tenía el rostro transmutado en una mueca salvaje, de su boca solo salían alaridos mientras sus manos seguían hundiendo el puñal en el cuerpo ya inerte de su adversario. A Tersandro lo había localizado hacía un momento, blandiendo su espada ante dos soldados desarmados y de rodillas ante él; sus lamentos de súplica cesaron en seco en cuanto el arma de su amigo les rebanó la garganta. La última vez que había visto a Polidoro y Esténelo, los dos Epígonos

estaban penetrando en una casa tras derribar la puerta, y los gritos de horror, femeninos e infantiles, que salieron de dentro le removieron el estómago. Al único al que no vio entre el marasmo de soldados de sus tropas fue a Egialeo. ¿Dónde se había metido el díscolo hijo del rey?

◇◇◇

Egialeo se sentía avergonzado por su actuación en la batalla. Se había dejado llevar por el afán de ridiculizar a su padre, y de la manera más absurda por poco había perdido la vida; qué humillante fue que su propio sobrino hubiese tenido que arriesgar la suya para salvarlo y obligarlo a regresar a la formación. Alcmeón lo había escarmentado ante el resto de los Epígonos, y lo había enviado a la zaga del ejército, donde casi no había tenido ocasión de intervenir en el combate. No obstante, las cosas cambiaron en cuanto puso los pies en Tebas: nadie se fijó en él una vez se desató el caos en las calles, y cuando vio a su padre en las alturas, deslizándose sobre el escenario de la guerra sin mancharse las manos, su sangre entró de nuevo en ebullición. Mezclándose entre las tropas de la coalición que asolaban la ciudad, y alejándose del resto de los Epígonos, aprovechó para ajusticiar con su arma a todo aquel que tuviese la desgracia de pasar cerca de su montura. Su afilado metal no distinguió entre hombres y mujeres, entre adultos e infantes. Tan solo quería matar tebanos, a cuantos más, mejor. ¡Por fin podía demostrar su valía! ¡Ahora todos sabrían que él sí tenía madera de héroe! Inmerso en su vorágine asesina vio a un anciano que, a unos metros, caminando lastimosamente y apoyándose en un bastón, se parapetaba con gran esfuerzo tras la columna de un templo. Egialeo

descabalgó y se acercó a grandes zancadas hacia donde se refugiaba el hombre, del que oía sus lamentos. Con sigilo, recostó su cuerpo contra el pilar, ocultándose de la vista de su víctima, que encogida junto a la base no se percató de su presencia. Rodeó la columna para asesinarlo por la espalda cuando, a lo lejos, distinguió al rey de la ciudad subiendo las escalinatas de su palacio seguido de una pequeña dotación. Su exclamación de sorpresa —«¡Laodamante!»— alertó al viejo, que tuvo tiempo de volverse hacia su verdugo y de alzar las manos para protegerse antes de que Egialeo le hundiese la espada en el corazón y, sin ni siquiera mirarlo, se apresara hacia la morada del soberano. Antes reclutó a un grupo de soldados de su escuadrón a los que, haciendo valer su autoridad como hijo del rey y como caudillo de la expedición, ordenó que lo acompañasen.

Penetraron en tromba en el edificio eliminando con facilidad la poca resistencia militar que quedaba en la entrada principal, y se abrieron paso por los amplios pasillos dejando tras de sí un rastro de destrucción. Acabaron con sirvientes y esclavos, y los escasos guardas que les salieron al paso apenas pudieron hacer nada ante la embestida de los extranjeros, que enseguida llegaron ante una gran puerta con ostentosos ornamentos que abrieron sin contemplaciones. Daba paso a un majestuoso mégaron donde aguardaba una pequeña dotación de guardas reales. Sentado en el trono estaba el monarca de Tebas. En la cámara reinaba el silencio, parecía que los allí presentes no supiesen lo que ocurría más allá de las paredes de la estancia.

—Esperaba vuestra llegada —dijo Laodamante con serenidad. Su aplomo era desconcertante.

Egialeo se sintió turbado por la templanza del dirigente de la ciudad que acababan de invadir, pero antes de que pudiese replicar o lanzar sus amenazas, Laodamante se dirigió directamente a él:

—Tú pareces el jefe de esta guarnición. Di tu nombre para que sepa a quién me dirijo.

El interlocutor dudó de las intenciones de su oponente, pero su mirada intensa, clavada en la suya, lo apremiaba a responder.

—Soy Egialeo, príncipe de Argos.

El rostro del rey mostró una sorpresa franca.

—¿Egialeo? ¿El hijo de Adrasto?

—¡Llevo su misma sangre, pero soy mejor que él! —contestó, excitado—. Por mis venas corre el valor que mi...

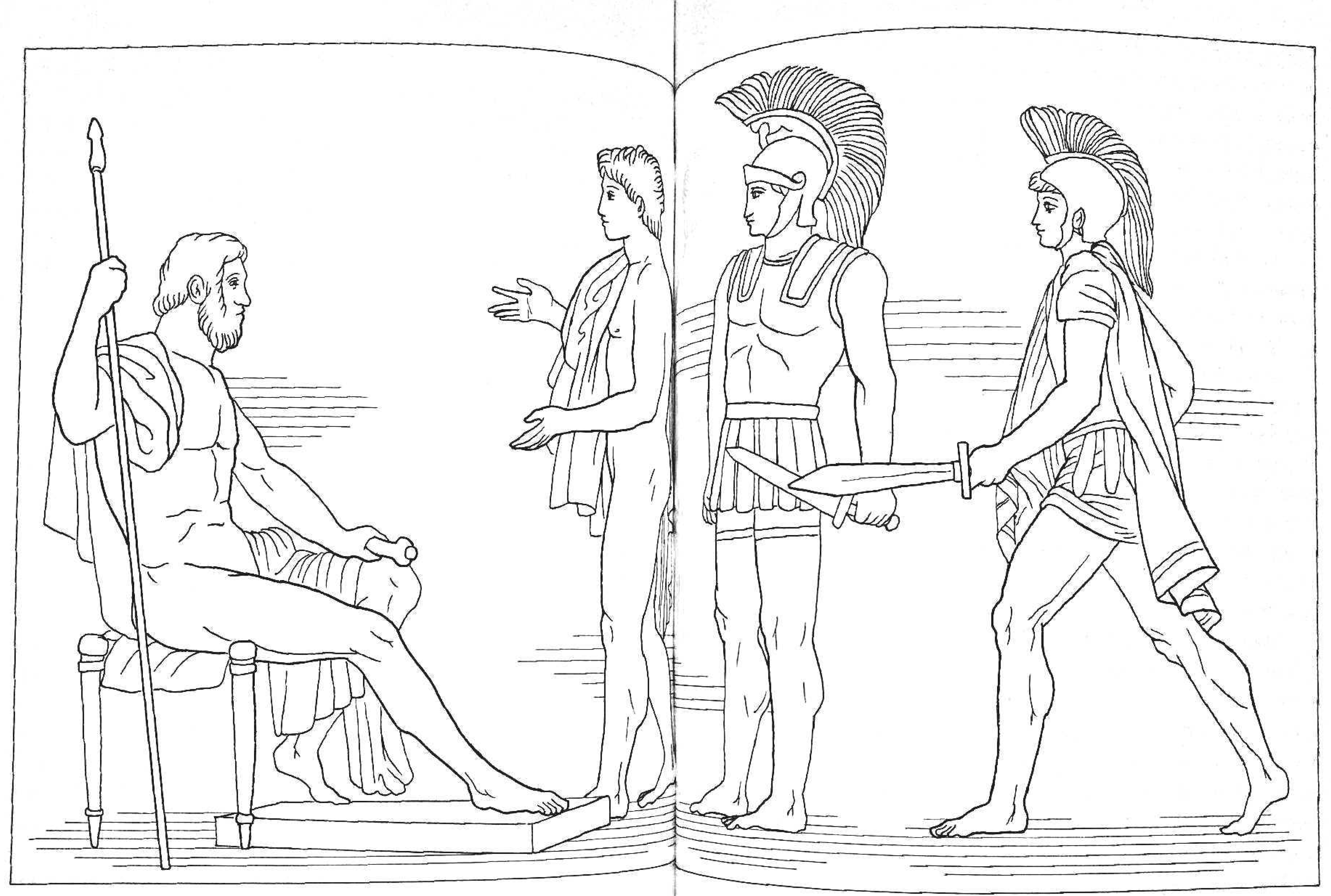
Laodamante cortó su respuesta sin alterar su tono de voz, que, aunque calmado, sonó enérgico.

—Guardias, dejadnos solos. Iros sin temor. El joven príncipe de Argos y yo tenemos que hablar a solas para tratar de resolver este conflicto que desangra a nuestra patria. Cerrad la puerta al salir, apostaos ante ella y que nadie entre mientras negociamos.

La orden del soberano cogió por sorpresa a Egialeo. Cuando decidió seguir a Laodamante hasta su palacio, su intención era capturarlo y, con tan valioso botín, presentarse triunfal ante Alcmeón. Recibiría sus parabienes y los del resto de los Epígonos, y entonces podría mirar a los ojos a su padre y lanzarle en cara su pusilanimidad. Lo abofetearía en el epicentro de su orgullo con su valor y su astucia, Adrasto quedaría desnudo de honor ante su ejército. Pero ahora, el rey de Tebas le ofrecía parlamentar de igual a igual... ¡A él, a quien siempre habían ninguneado! ¿Qué podía perder? Tal vez, pensó, Laodamante quería pactar los términos de su rendición, la entrega de la ciudad, quién sabe si la renuncia al trono a cambio de salvar su vida. ¡Qué acertada había sido su astuta decisión de ir hasta el palacio! Tenía ante sí la posibilidad de conseguir más gloria de la que había imaginado; se hubiese conformado con denigrar a su progenitor, pero ahora, además, podía convertirse en el héroe de la guerra. Cuando los guardias tebanos pasaron a su lado dirigiéndose hacia la salida, Egialeo oyó cómo Laodamante lo instaba a retirar también a sus hombres. El joven se dirigió a sus soldados y los mandó salir, con una firmeza forzada con la que pretendía simular ante su interlocutor que la iniciativa había sido suya. En verdad, le parecía bien que se quedasen a solas: si tenían que litigar sobre asuntos de Estado era mejor que lo hiciesen cara a cara. Por las venas de ambos corría sangre real, y nada debía temer. Cuando la puerta se cerró y en la habitación solamente quedaron ellos dos, Laodamante se levantó del trono y, acercándose con lentitud hacia Egialeo, dijo:

—Habéis venido a vengar la afrenta que, tras la muerte de mi padre Eteocles, Creonte cometió con los caudillos de Argos y con sus tropas, ¿no es cierto? Habéis venido desde lejos para vengar sus actos, para acabar con sus descendientes, para destruirnos. —Laodamante pronunciaba sus palabras con delicadeza; debía ser cauto ante aquel príncipe foráneo del que poco sabía—. Pero Tebas nada tiene ya que ofreceros, pues la habéis arrasado. ¿Qué queréis, pues? ¿Más sangre? ¿Más muerte?

Egialeo percibió que el desenlace de aquella guerra estaba en sus manos. Si era él quien forzaba la rendición del



Egialeo se presentó ante Laodamante y se sintió turbado por la templanza del rey.

monarca, al regresar a Argos sería laureado como el héroe que habría conseguido la claudicación de Laodamante y de toda su ciudad. ¿Cómo iban a respetar a su padre después de aquello? A fin de cuentas, ¿quién podría seguir creyendo que Adrasto era un buen soberano cuando lo único que había hecho durante la contienda era surcar los cielos como un ave, cuando ni siquiera había tenido la iniciativa de parlamentar con los que prácticamente estaban vencidos? Su ineptitud y su cobardía quedarían expuestas ante su pueblo, y sería entonces cuando Egialeo podría contar a todo el mundo lo que había ocurrido en la primera expedición contra Tebas sin temor a que nadie creyera sus palabras. Adrasto sería apartado sin piedad, y entonces el trono de Argos sería suyo. Imbuido de una confianza en sí mismo que le encendió el ánimo con un ímpetu malsano, Egialeo se acercó al hijo de Eteocles y le escupió:

—Laodamante, tu tiempo y el de Tebas han terminado. Entrega tu trono ahora, y yo mismo intercederé para que te sea perdonada la vida. De lo contrario, nada podrás esperar más que la muerte.

Instantes antes de hundir la daga que llevaba escondida bajo el quitón en el tórax de Egialeo, muy cerca de donde bombeaba su corazón, el rey tebano sintió lástima por aquel príncipe cuya imprudencia iba a costarle la vida. Comprendía sus motivaciones; si la situación hubiese sido la contraria, habría reclamado lo mismo al rey de la ciudad derrotada. De hecho, ni siquiera habría parlamentado: habría enviado una dotación a apresar al soberano y a degollarlo allí mismo si hubiese sido necesario. Pero aquel joven actuó con un candor impropio de quien ha sido educado para, algún día, convertirse en mandatario. Cuando el metal penetró en la carne del muchacho, a Laodamante lo conmovió la sorpresa infinita reflejada en los ojos de su víctima. Había entrado en su residencia sin más escolta que una dotación de hombres que ya debían de yacer sin vida en el suelo de mármol, detrás de la puerta; en cuanto supo que un grupo de extranjeros se dirigía hacia el palacio mandó a los mejores soldados que le quedaban a esconderse, y les ordenó tender una emboscada a los militares enemigos en cuanto abandonasen la sala donde esperaba a su interlocutor. El rey había salvado la vida, pero ¿y ahora qué? Mientras la sangre caliente del príncipe le empapaba la mano, mientras sobre sus pies caían las gotas del fluido que se escapaba del torso del argivo, el color iba abandonando su rostro y las pupilas se le iban nublando, y de su boca entreabierta no salía sino una exclamación muda, Laodamante fue dolorosamente consciente de que su tiempo como rey de Tebas había llegado a su fin. Ahora debía huir con su familia, con el viejo Tiresias —no quería irritar a los dioses abandonando a un adivino, por caduco que fuese; si no había sido descubierto por los invasores en la cámara del palacio donde lo escondía, lo llevaría con él en su exilio forzado— y con todos los ciudadanos que todavía no hubiesen caído bajo la ira foránea. Buscarían refugio en una región lejana —quizá, pensó, podrían dirigirse hacia Iliria—, y, tal vez, algún día podría regresar a su patria para recuperar lo que le pertenecía. Cuando desclavó el metal del cuerpo de Egialeo, este se venció lentamente con la mirada perdida, cayó de rodillas y así restó, inmóvil, escupiendo pequeñas gotas rojizas con cada expiración agónica. Todavía no había muerto, pero solo un hilo fino lo ataba a una vida que se le escapaba sin remedio. El rey le pasó compasivamente la mano

por los cabellos rizados antes de abandonar el mégaron por una puerta lateral. Una lágrima resbaló por la mejilla cada vez más fría del príncipe de Argos.

◇◇◇

Tebas se había convertido ya en una ciudad sin más vida que la insuflada por los miles de soldados extranjeros que la profanaban. Por sus calles, los militares de Argos y sus aliados de Mesenia, Arcadia, Corinto y Mégara campaban a sus anchas. La resistencia que habían encontrado cuando hollaron la puerta de Electra había sido sofocada: los restos del ejército local que no habían caído en Glisante sucumbieron ante la superioridad aplastante de las fuerzas de la coalición. Los habitantes que no presentaron oposición al allanamiento se habían rendido a la evidencia de que su patria había sido derrotada con gran facilidad; por contra, los que se resistieron recibieron el mordisco letal de las espadas enemigas. La ciudad humeaba por sus muchas heridas. En el ágora, los militares de mayor rango que no habían fallecido durante el combate fueron ejecutados con gran alboroto, y no habían sido pocos los soldados que se habían propasado con las mujeres que tuvieron el infortunio de ser descubiertas en sus escondrijos. Más allá de la muralla, que había resistido impertérrita a los estériles intentos de los asaltantes por derribarla, los campos habían sido asolados, las cosechas, quemadas y los olivares más jóvenes, arrancados de la tierra. Ya no quedaban resquicios de lucha, Tebas se había rendido.

Dando la espalda a las escalinatas del palacio real, Alcmeón observaba desde su caballo. Aunque desaprobaba algunas de las tropelías que habían cometido sus hombres, le parecía

que el castigo ejemplar que había recibido la ciudad era justo: sus habitantes habían pagado por la afrenta que Creonte, Eteocles y sus hombres cometieron con sus padres. Comprobaron en sus propias carnes que Argos no perdonaba. A partir de aquel momento, los tebanos nunca habrían de olvidar el día en que los hijos de los caudillos de la primera expedición vengaron a sus progenitores. Ellos, los Epígonos, serían para siempre recordados con terror. Alcmeón había deseado tanto que llegara aquel momento… Pero ahora que lo había conseguido, ahora que Anfiarao había sido vengado, ¿qué era lo siguiente? Habían arrasado Tebas y prácticamente acabado con su ejército. Habían desagraviado la memoria de los suyos. Habían descargado su cólera sobre hombres y mujeres que, en la mayoría de los casos, no tenían nada que ver con lo que había ocurrido en el pasado. Pero a pesar de eso, a pesar de haber cumplido con el cometido que le encargó su rey y de haber dado satisfacción a sus propios deseos, el hijo de Anfiarao sintió más que nunca el peso asfixiante de la ausencia de su padre. ¿Se detendría alguna vez ese dolor, se llenaría alguna vez ese vacío en su ser? ¿Había servido de algo todo aquello? Por si fuera poco, era ya ineludible el momento de retornar a Argos y cumplir la promesa que le había hecho a Anfiarao, y que le corroía el alma. Miró a su hermano y al resto de los Epígonos, que se habían acercado a su lado. En los rostros de todos ellos observó sentimientos similares a los suyos: sí, la afrenta a los caudillos había sido reparada, pero sus padres nunca retornarían del Hades. Entristecido, descabalgó, y también lo hicieron sus compañeros de armas. Se disponía a exigir la rendición a Laodamante, al que habían visto entrar en su palacio, cuando Adrasto ate-

rrizó a su lado a lomos de Arión. La cara del monarca era de gran preocupación.

—¿Dónde está Egialeo? —preguntó con la voz quebrada por el temor—. ¿Dónde está mi hijo?

◇◇◇

Cuando tras cruzar el palacio sin encontrar más que cadáveres dispersos por todo el recinto llegaron a las puertas del mégaron, Alcmeón temió lo peor: frente a la entrada, una docena de soldados argivos habían sido degollados. Cuando abrieron las puertas, Adrasto profirió un alarido que lo conmovió hasta el tuétano. Egialeo estaba tendido en medio de un charco de color rojo oscuro. A trompicones, tropezando con sus propias piernas, su padre se lanzó hacia él, sollozando y repitiendo su nombre con desespero. Se arrodilló a su lado, le agarró la cabeza, la recostó en su regazo. Su quitón quedó manchado de sangre, igual que sus manos. Los Epígonos se acercaron. Vieron que Egialeo todavía estaba vivo, pero que sus fuerzas eran muy escasas, casi imperceptibles. Adrasto le acarició el rostro, de sus ojos se derramaron unas lágrimas que se diluyeron en la sangre que anegaba el pecho de su vástago. Con un hilo de voz apenas audible, el moribundo joven aún tuvo aliento para dedicarle unas últimas palabras a su padre. Unas palabras cargadas de resentimiento, las últimas que habría de escuchar el rey de Argos antes de que su anciano corazón se parase para siempre.

—Tú te salvaste tras abandonar a tus compañeros a su suerte, pero ahora los dioses han querido castigarte dejando que yo muera mientras los míos celebran la victoria.

El hijo expiró en los brazos del padre, que casi en el mismo instante sucumbió a un desconsuelo que le aplastó el

alma y la envió al Hades. Rodeándolos, los siete Epígonos que habían sobrevivido a la batalla permanecieron inmóviles guardando un respetuoso silencio.

◇◇◇

La noticia de que el rey Laodamante había huido por uno de los portales de la muralla aprovechando que la vigilancia se había relajado corrió como una centella entre los tebanos que habían quedado a merced de los invasores. ¡Su rey los había dejado desamparados! Lo había anunciado un soldado de Argos que había avistado una pequeña columna que se alejaba con carros y caballos hacia la ladera del monte Citerón. El militar los había seguido durante un trecho y pudo calcular que eran medio centenar, según le anunció a Alcmeón. Además de al monarca, acompañado por unos pocos soldados y algunas mujeres y niños, también vio a un anciano de pelo largo y cano, de aspecto frágil, que debía de ser el legendario adivino Tiresias. Diomedes se ofreció a darles caza y devolverlos a rastras hasta la ciudad para cortarles la cabeza delante de sus súbditos como escarmiento. Su plan fue jaleado con gritos de aprobación por Prómaco, Anfíloco y Esténelo, que quisieron sumarse a la cacería. Polidoro también estuvo de acuerdo con la idea de capturarlo, pero, en lugar de ejecutarlo de inmediato, propuso que lo ataran a una estaca en la misma explanada donde los cuerpos de los antiguos caudillos fueron abandonados, para que las bestias salvajes que abundaban en la región se dieran un festín a costa de su cuerpo. Antes, añadió Tersandro, todos los varones de la familia del soberano deberían ser ejecutados ante sus ojos, y sus restos, lanzados a sus pies para pudrirse

bajo el sol y frente a su mirada, y las mujeres, repartidas como esclavas entre los caudillos de la expedición. La excitación era notoria entre los jóvenes, sus ojos centelleaban de ira, su sed de venganza no parecía haber sido saciada todavía; tal vez nunca podría serlo.

Pero la de Alcmeón sí. Este ya había visto demasiada muerte, ya había causado demasiada desolación. Su padre y los padres de los Epígonos habían sido vengados, y por mucha más sangre que se derramara nada podría, jamás, devolverlos al mundo de los vivos. Era el momento de parar aquella espiral de revancha que ya no tenía ningún sentido.

—No —dijo—, no vamos a hacer nada. Hemos vengado con creces a nuestros progenitores, más allá de lo razonable. Hemos asesinado a mujeres, niños y ancianos, hemos destruido sus casas y acabado con sus cultivos. Hemos aniquilado al ejército de la ciudad y obligado a su rey a huir. Ya es suficiente. El momento de regresar a la patria ha llegado. Pero antes —dijo dirigiéndose a su amigo Tersandro— hay una cosa más que debemos hacer.

◇◇◇

La mente de Tersandro estaba saturada por la imagen de Polinices. Pensó en el padre al que casi no recordaba, pero cuya ausencia había marcado tanto su vida. Imaginó qué sentiría su progenitor si pudiese contemplarlo en aquel momento: su hijo estaba siendo coronado rey de Tebas, accediendo al trono de la ciudad que a él le había sido injustamente vetado. Nunca había echado tanto de menos la presencia paterna; el nuevo rey lo hubiese dado todo por tener a su padre junto a él. La ceremonia de coronación de Tersandro fue austera y

se celebró al cabo de pocos días de la muerte de Adrasto y Egialeo, cuando Tebas comenzaba a recuperarse de sus heridas, pero estuvo cargada de una solemnidad que empañó los ojos y encogió el alma de los Epígonos. Para Alcmeón, Anfíloco, Diomedes, Polidoro, Esténelo y Prómaco aquel era el momento culminante de su campaña, el instante que unía el pasado con el presente y creaba un lazo entre lo que debió haber sucedido cuando sus padres secundaron a Polinices en su reclamación del trono y lo que había acontecido cuando ellos los habían vengado. En su discurso, el nuevo rey de la ciudad prometió dejar atrás el rencor que lo había llevado hasta la patria de su padre y de sus ancestros, y se propuso convertirse en un soberano tan querido como lo había sido su abuelo Edipo antes de conocerse sus crímenes. Sus súbditos acogieron aquellas palabras con alivio y esperanza.

El nuevo rey despidió uno a uno a sus compañeros antes de que partieran hacia su patria. Cuando se abrazó a su buen amigo Alcmeón, percibió en la mirada del jefe de la expedición una preocupación profunda. Aunque Tersandro insistió, el hijo de Anfiarao y Erífile no le reveló el motivo de su desasosiego.

5

La promesa de Alcmeón

Un humo denso y oscuro saturó el aire de la ciudad y se expandió por todos sus rincones. A lomos de esa nube tenebrosa que parecía tener vida propia y que tapaba por completo la luna llena que se escondía en el cielo viajaba el olor pegajoso e inconfundible de la carne quemada. El hedor se aferraba al olfato de quienes habitaban Argos, se agarraba a sus ropajes, penetraba en los recovecos más insospechados de sus hogares, se agazapaba en las esquinas de las calles. Unos pocos días antes, cuando la expedición militar había regresado triunfal a la patria, las calles se llenaron para recibir a sus héroes, para jalonar su éxito, para celebrar su victoria aplastante en tierras lejanas, pero ahora era el momento de despedir a los que no regresaron con vida. Las piras funerarias de los que habían caído en la batalla de Tebas ardían por toda la ciudad; los cuerpos de los hombres que murieron defendiendo el honor de la patria habían sido recogidos por sus parientes, lavados con agua

salada, ungidos con aceite, ataviados con quitones, dispuestos sobre las estructuras hechas con troncos donde habrían de arder hasta quedar reducidos a cenizas. Y de entre todas las piras, dos sobresalían notablemente del resto por su tamaño colosal: la del rey y la del príncipe de Argos, dispuestas una junto a la otra, las de Adrasto y Egialeo. Los despojos del anciano soberano fueron consumidos por el fuego con sorprendente rapidez, la hoguera los devoró como a las hojas secas de un árbol caduco. Los de su hijo resistieron algo más el embate de las llamas, pero sus despojos también desaparecieron de la vista de los que contemplaban el triste espectáculo. Allí estaban la esposa del rey y madre del heredero, Anfitea, llorando junto a sus afligidas hijas. Y también los caudillos que habían regresado de la marcha contra Tebas: Diomedes, Prómaco, Esténelo, Polidoro y Anfíloco. Solo faltaba Alcmeón. El líder de la expedición no había asistido a los funerales, ni tampoco Erífile. Anfíloco trató de localizar a su hermano y a su madre entre los asistentes, pero fue en vano. Mientras las almas de los difuntos descendían al Hades y sus cuerpos convertidos en humo se elevaban y desaparecían arrastrados por una suave brisa, Alcmeón huía para siempre de Argos. La oscuridad hacía difícil verlo, pero sus manos y su quitón estaban manchados de sangre. El hijo de Anfiarao había cumplido su promesa, pero una imagen habría de acompañarlo para siempre, una pesadilla que reviviría una y otra vez incluso con los ojos abiertos: el rostro de su madre implorando por su vida antes de ser asesinada por su propio hijo.

◇◇◇

Erífile pasó los días que la expedición estuvo en Tebas presa de un gran nerviosismo. Sobre su conciencia pesaba el haber ayudado a Tersandro a engañar a su primogénito. Durante esas semanas, por las noches le costó dormir; imaginaba con espanto que Alcmeón caía abatido por las armas enemigas y desaparecía para siempre, como había ocurrido con su marido. Añadía a su terror la posible muerte de Anfíloco, y entonces se desesperaba todavía más: si no hubiese colaborado con el ardid del joven, las tropas no hubiesen podido emprender su campaña, y ahora sus hijos estarían a salvo de peligros. Por las mañanas, en cuanto se miraba al espejo sentía un horror visceral: la imagen que le devolvía el reflejo era la de una anciana caduca, decadente. Pero cuando se colgaba del cuello el collar de Harmonía y su cuerpo quedaba cubierto por el peplo dorado tejido por Atenea, los quebraderos de cabeza que la torturaban durante las noches desaparecían de su pensamiento sin dejar el más mínimo rastro. Los regalos de Polinices y de su hijo Tersandro le hacían olvidar que había traicionado a su esposo Anfiarao y a su hijo Alcmeón. Entonces, Erífile se pasaba horas contemplándose en todos los espejos de mano que encontraba repartidos por cada rincón de su magnífica residencia; había días que incluso se olvidaba de comer. Pero en cuanto se desvestía para acostarse no solo retornaba con crueldad su vetustez, sino también la preocupación por el destino de Alcmeón y Anfíloco y los remordimientos de conciencia por sus propios actos. Por eso, en cuanto supo que el ejército de Argos había derrotado a los tebanos y que sus dos hijos regresaban, sanos y salvos, a su patria, su júbilo había sido tan sincero.

Su hijo pequeño se abrazó a ella con tanto vigor que temió quebrarse en sus brazos. Había cambiado, pensó la mujer, sus ojos habían perdido el brillo casi infantil que los iluminaba

cuando partió del hogar. Ahora su mirada era más dura, aunque en las profundidades de su iris fue capaz de encontrar el calor de su alma. En cambio, Alcmeón se mostró distante, frío, tenso. Ella lo estrechó entre sus brazos y hundió el rostro en su pecho, pero su primogénito apenas le devolvió el abrazo.

◇◇◇

Las lágrimas empañaban los ojos de Alcmeón cuando hundió la daga en el pecho de su madre. Más que el grito de horror que profirió la mujer que lo había alumbrado, un chillido estridente pero endeble, le sorprendió la poca resistencia que encontró la hoja, lo fácil que le resultó al metal abrirse paso a través de su carne, lo clara que era la sangre que se derramó de la herida que le acababa de infligir. Cuando cayó a sus pies, ya muerta, lo que vio Alcmeón no fue el cuerpo sin vida de su madre, sino los despojos de quien había traicionado a su padre y a él mismo. Ella lo había reconocido todo cuando él le exigió saber por qué Anfiarao le había hecho jurar que la mataría si él no regresaba de la primera expedición contra Tebas. «¡Hijo, debes perdonarme! —había implorado la mujer—. Fue culpa de esos Labdácidas, ¡ellos me obligaron!». Alcmeón no comprendía nada. Y entonces, impelida por la amenaza del cuchillo y por la mirada de odio de su hijo, Erífile se lo había contado todo.

Entre sollozos, le reveló el acuerdo al que habían llegado hacía incontables años su hermano Adrasto y Anfiarao: a cambio de que el segundo permitiese al primero regresar a Argos y recuperar el trono que Anfiarao le había impedido ocupar matando a Tálao —padre de Adrasto y Erífile—, Adrasto debía entregarle la mano de su hermana, de la que se había



Impelida por la fuerza del cuchillo, Erífile había confesado la traición a su marido.

enamorado. Ella protestó airadamente cuando Adrasto aceptó la propuesta, aunque el futuro rey puso una sola condición: si alguna vez surgía un desacuerdo entre ellos dos, sería la mujer quien decidiría en la disputa. Confiaba que ella, sangre de su sangre, siempre fallaría a su favor. Así, se convirtió en la amargada esposa de Anfiarao, al que odiaba por haber matado a su padre —tanto como detestaba a su hermano por haberla vendido—, aunque tuvo dos hijos con él a los que amaba y a los que se entregó. Los años fueron pasando y la infelicidad y el rencor marital la avejentaron antes de tiempo. Erífile no soportaba a la mujer en la que se había convertido, odiaba los surcos que cruzaban su cara, antes tan bella, detestaba la luz apagada que desprendían sus ojos, antes tan vivaces. Hasta que un día Polinices fue a su casa y le ofreció un trato: a cambio de mediar a favor del rey, que había propuesto una expedición hacia Tebas contra la que Anfiarao lo había prevenido, le entregaba una joya fabulosa que había sido forjada por Hefesto, y que puso sutilmente en su cuello. En cuanto se vio con ella, Erífile percibió que la belleza retornaba a su semblante. Hipnotizada por el poder de la alhaja, se puso de parte de su hermano en la disputa entre los dos hombres, y permitió la campaña militar. A pesar de que detestaba a su esposo, le dolió tomar esa decisión: podría dejar sin padre a sus entonces pequeños hijos. Anfiarao nunca regresó.

Alcmeón por fin comprendió por qué antes de partir su padre le hizo sellar aquella fatídica promesa. Pero antes de enviarla al Hades una duda le vino a la cabeza. ¿Por qué había dicho que los Labdácidas la habían obligado? Y Erífile, que hasta ese momento había tenido la esperanza

de que su hijo la perdonaría, se derrumbó definitivamente. Alcmeón la agarró por el brazo y le puso el arma en el cuello. Erífile notó el filo del metal lamiendo su piel, y el terror la invadió. A duras penas pudo contarle la visita que Tersandro le había hecho unas semanas atrás, con otro regalo envenenado en sus manos a cambio de engañarlo a él, a su propio descendiente. Pero esta vez, gritó desesperada Erífile, estaba convencida de que la historia no se repetiría, de que su hijo regresaría de Tebas. Mientras confesaba sus crímenes, la mujer se despojó del collar y del peplo, y se los ofreció a Alcmeón apelando a su piedad. Cubierta tan solo por su piel macilenta, exhibiendo sus pechos vacíos, Erífile imploró por su vida, pero de nada le sirvió. Trastornado por la revelación de su madre, sabiéndose él mismo traicionado como lo fue su padre, y con el corazón ennegrecido por el odio que les tenía a ella, a Polinices y a Tersandro, al que había estimado como a un hermano, Alcmeón encontró en aquella aversión las fuerzas para acabar con la vida de Erífile. Con asco, agarró los obsequios de los Labdácidas y, esa misma noche, mientras Argos despedía a sus héroes, huyó amparado por la oscuridad.

◊◊◊

Desde una roca, protegida por el follaje y espiando sin ser vista, la bella Calírroe observaba al hombre que se bañaba desnudo en la corriente suave, pero fría, de las aguas del Aqueloo. Conocía bien aquel río, pues era hija del dios que lo gobernaba y que le daba nombre. Como cada mañana, había acudido temprano a ese meandro para refrescarse, pero un ruido la alertó antes de poder entregarse

a su placer diario: en el recodo que solo ella creía conocer había alguien. Cauta, había subido sin hacer ruido a una gran piedra que quedaba escondida por la vegetación abundante para poder examinar al intruso, y fue entonces cuando su sorpresa y su miedo se tornaron en fascinación. Al momento se quedó embelesada con la visión de aquel forastero nervudo que se hundía decidido bajo la superficie gélida para volver a emerger con los cabellos chorreantes, el cuerpo empapado y la piel húmeda. El extraño, ajeno a la presencia de la muchacha, se sumergía una y otra vez, y cada vez que reaparecía se llevaba las manos cargadas de agua al rostro, donde las dejaba posadas largo rato. No daba la impresión de bañarse por placer, pensó ella, sino más bien se diría que cumplía algún tipo de ritual. Absorta en la contemplación de aquel hombre, Calírroe no se dio cuenta de que una de las ramas a las que se agarraba se estaba quebrando. Cuando lo hizo, con un sonoro chasquido, estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al río. El grito de espanto que lanzó reveló su presencia al extranjero.

—¿Quién eres? —inquirió él, alarmado, exhibiendo sin pudor su desnudez.

—¿Quién eres tú, y qué haces aquí? ¿Cómo has encontrado este rincón? —le espetó ella con una furia bajo la que quería disimular su turbación.

Ante el torrente de preguntas de la joven, de la que se prendó en cuanto vio su rostro simétrico enmarcado por su larga cabellera, su voluntad flaqueó y respondió sin dilación:

—Mi nombre es Alcmeón.

Todavía salvaguardada por la altura desde la que le hablaba, Calírroe le preguntó:

—¿Y de dónde vienes?

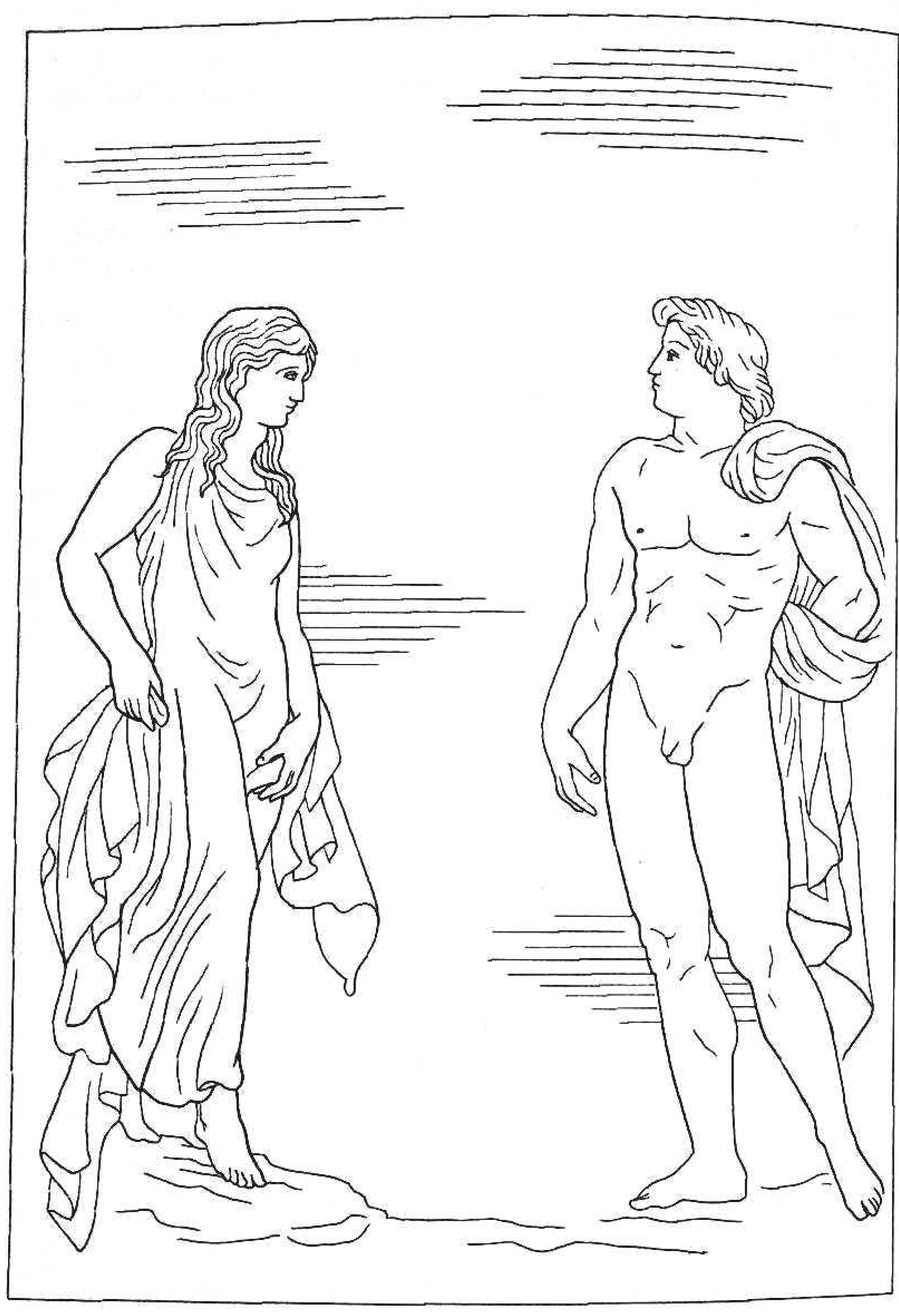
Desarmado por su voz sedosa, Alcmeón se descubrió abriéndose ante esa desconocida que lo interrogaba.

—Mi historia es larga…

Alcmeón se sintió perdido en los ojos transparentes de la muchacha, en la luz que emanaba de ellos. Ella descendió de la roca hasta la orilla del río, le acercó la clámide para que pudiese secarse y cubrir su cuerpo desnudo, y se sentó sobre la tierra y le dijo, ahora con menos animadversión:

—Quiero escucharla.

Tras oír las palabras de Calírroe, al ver su mirada límpida, supo que le sería imposible mentir. También fue consciente, en ese mismo instante, de que su corazón bombeaba con una fuerza inusitada debido a la presencia de aquella mujer frente a la que había caído hechizado. Comenzó a hablar. Le contó lo que había acontecido hacía ya tres primaveras: la expedición a Tebas, el regreso al hogar, el crimen. Vio el horror reflejado en el rostro de Calírroe cuando le habló del matricidio, y se apresó a contarle lo que lo llevó a tomar esa determinación, lo que lo forzó a cumplir su promesa. Y entonces, cuando él le habló del collar y del peplo, la expresión de Calírroe cambió. Había oído hablar de aquella joya forjada por Hefesto y de aquella prenda tejida por Atenea, pero desconocía que todavía existiesen. Y ahora aquel hombre torturado le revelaba que su madre las había tenido en su poder y que por ellas había cometido las más terribles infamias. La voz de Alcmeón se quebró, las lágrimas que resbalaban por su mejilla se mezclaron con el agua que todavía no se había secado sobre su piel. A pesar de lo que confesaba, Calírroe estaba conmovida por



Desarmado por su sedosa voz, Alcmeón relató a Calírroe su tormentosa historia.

aquella criatura, enternecida por su fragilidad, tocada por su belleza, y también intrigada por el destino del collar y el peplo. Se acercó a él, le acarició el rostro y, con dulzura, le conminó a continuar.

—Hui de Argos para no regresar jamás, ni siquiera me despedí de mi hermano Anfíloco. El dolor que sentí al irme me desgarraba el alma, pero no fue nada comparado con el tormento que había de sufrir. Vagué por la Hélade perseguido por las erinias, las deidades vengadoras. Sus cabellos están plagados de serpientes, en sus manos blanden látigos que hacen restallar sobre el cuerpo de sus víctimas, sus rostros son una máscara de horror, sus voces, un aullido constante que aguijonea la mente. Enloquecí, Calírroe. Enloquecí...

La mirada de Alcmeón se perdió en algún punto mucho más allá del meandro en el que se encontraban. No miraba al río, ni a los árboles que resguardaban ese rincón sereno. Su vista abarcaba su pasado, recorría los horrores que había vivido desde que se había marchado de su patria. Calírroe quería saber más. Le besó la mejilla con una ternura que a él le pareció sincera e infinita. Sonrió por primera vez en mucho tiempo. Y prosiguió su relato.

—Mis pasos fueron erráticos, mientras las erinias me torturaban de día y de noche, martirizándome por el crimen que había cometido. Con sus alas me sobrevolaban, me perseguían, y fui perdiéndome en mi propia locura. Así recalé en Arcadia, la patria de mi abuelo Oícles, al que no llegué a conocer. Las buenas gentes de esa tierra me dieron cobijo, trataron de calmar mi ánimo y de serenar mi mente. Pero las vengadoras no se alejaban. Pedí el caballo más veloz, hui de

nuevo, tan rápido como pude, tratando de dejarlas atrás. Pero tampoco lo conseguí. Cuanto más galopaba mi montura, más se acercaban las malvadas. Después me dirigí a Psófide. Y fue allí donde encontré una salvación que ya creía imposible. Cuando creí que estaba más hundido que nunca en el lodazal de mi propia demencia, el rey Fegeo supo cómo purificarme de mi crimen, y fue eso lo que me libró del mordisco de esas perras infernales. A cambio, hube de desposar a su hija Arsínoe, a la que obsequié con el collar y el peplo.

—¿Los llevabas contigo?

De repente, a Calírroe la invadió la envidia por no poseer ella aquellos regalos divinos.

—Cuando puse fin a la vida de mi madre, recogí aquellos valiosos presentes y los llevé conmigo. Pensé en regresar a Tebas con ellos; Tersandro fue quien la chantajeó a cambio de la prenda dorada, y quería vengarme de quien había sido como un hermano para mí. Pero nunca llegué a tomar ese rumbo. Viví tranquilo durante un tiempo, encontré algo de consuelo a mis tormentos entre los brazos de Arsínoe y en la hospitalidad de Fegeo. Sin embargo, algo no iba bien: las tierras de la Psófide dejaron de dar frutos. Desde mi llegada, se habían vuelto estériles. El rey consultó al oráculo, y este fue claro: la maldición que me perseguía no terminaría hasta que purificara mi alma en el Aqueloo y hollara una tierra que no existiese todavía cuando maté a mi madre, una que no hubiese sido manchada con mis actos impíos. Esa tierra está en la desembocadura de este río, y allí me dirigiré en cuanto haya purificado mi alma en estas aguas.

Cuando terminó de contar su relato, Alcmeón estaba exhausto. Calírroe se fijó en que, a pesar de que todavía era

un hombre joven, los tormentos vividos habían dejado impronta en su rostro en forma de surcos, impregnado su mirada con un poso de tristeza, tiznado sus sienes con una capa plateada. No obstante, todavía era hermoso. Le acarició el cabello, se acercó a su cara, y no pudo reprimir un repentino impulso de besarlo en los labios. Cuando sus bocas se unieron, Alcmeón pensó que todos los males que había padecido empalidecían al lado de la dicha que lo inundaba en ese instante. Podría vivir para toda la eternidad enredado en esos labios, acariciando esa piel, inhalando la fragancia dulce que emanaba del cuerpo de Calírroe. Ella, en cambio, mientras se recreaba en el cálido contacto con aquel cuerpo, solo visualizaba el collar y el peplo de Harmonía. Los deseaba, estaba dispuesta a conseguirlos.

◊◊◊

Alcmeón nunca había corrido tan veloz a lomos de un caballo. Espoleaba al suyo como si la vida le fuese en ello, y, de hecho, así lo sentía: cada paso del equino lo alejaba de la mujer de la que había caído profundamente enamorado, pero lo acercaba a la única manera que tenía de convertirla en su esposa y de consumar su amor. Calírroe le había pedido que la tomara como cónyuge, le había jurado amor eterno y le había prometido que juntos iniciarían una nueva existencia en la desembocadura del río, allá en las tierras aluviales formadas tras una tormenta colosal que pareció ordenar el mismo Zeus. Pero con el corazón desbocado, el deseo ardiendo y desoyendo todos sus instintos, Alcmeón hubo de acceder a la otra petición de la muchacha: antes de sellar su amor en el lecho conyugal él debía obsequiarla con el collar y el peplo

que había regalado a Arsínoe. De esta manera, los lazos con la hija de Fegeo quedarían rotos definitivamente y podrían iniciar su nueva singladura libres de las ataduras del pasado. Aunque nada deseaba más que hundirse en el cuerpo de esa mujer en cuya boca había encontrado la paz que había ansiado para su alma desde que era poco más que un niño, aceptó. Ahora cruzaba tan veloz como podía valles, ríos, campos y montañas para llegar a Psófide. La sonrisa que se dibujaba en su rostro era de pura felicidad.

◇◇◇

El llanto escandaloso de Arsínoe ocupaba cada rincón del gran salón del palacio real donde se había reunido con su esposa y su suegro.

—Amada esposa —dijo Alcmeón fingiendo una aflicción que para nada sentía—, también a mí me desgarra haberte de reclamar los presentes que te ofrecí el día de nuestra boda, pero esas fueron las palabras exactas del oráculo de Apolo: «Es preciso que regreses tú solo a esta tierra de aluvión con dos objetos creados por dos dioses para que tu crimen sea expiado para siempre». Debo llevarlos conmigo, Arsínoe.

Fegeo se acercó a su hija, por la que sentía una estima infinita, le ofreció su abrazo y la cobijó en su torso hasta que el gemido de la joven cesó. Cuando se hubo sosegado, con su voz grave le dijo:

—Hija, aunque sé cuánto aprecio tienes por esos regalos maravillosos, debes creer a tu esposo. La purificación que le hice no ha funcionado, y si no consigue librarse de la culpa, las divinidades vengadoras volverán a asediarlo y, esta vez, conseguirán ahogarlo en el remolino de su locura. Lo que

te está pidiendo es que lo salves, Arsínoe. Solo tú puedes hacerlo. Y cuando haya cumplido con los dioses y ante ellos quede limpio de pecado, podrás reunirte con él y llenar de hijos esa tierra lejana.

A Alcmeón le incomodaron esas últimas palabras de su suegro, pero era tanta la ansiedad que tenía por recuperar la joya y la prenda y regresar junto a Calírroe que no se perdió en preocupaciones estériles; ya tendría tiempo de pensar en la manera de evitar que su mujer atravesara la Hélade para ir a encontrarlo. Por el momento, lo único que hizo fue mirarla con un dolor fingido y decirle con una voz simuladamente rota:

—Amada, mi vida está en tus manos...

El llanto con el que concluyó su súplica le salió con asombrosa facilidad. No obstante, la virulencia repentina de sus gemidos provocó que una sombra de sospecha cruzara por la mente de Fegeo.

◇◇◇

El rey de la Psófide ordenó a Prónoo y Agénor, sus dos hijos varones, que siguieran a Alcmeón y se asegurasen de que sus palabras fuesen ciertas. Aborrecía dudar de su yerno, pero algo le decía que el esposo de su hija mentía. Durante días y desde una distancia prudente, los dos jóvenes observaron todos los pasos de su cuñado, que, embriagado de dicha por saberse cada vez más cerca de Calírroe, no se percató de su presencia. Cuando Alcmeón llegó a las fuentes del Aqueloo, Prónoo y Agénor comprobaron que las dudas de su padre eran fundadas: en cuanto descabalgó de su caballo se lanzó a los brazos de una bella muchacha, a la que entregó el co-

llar y el peplo de Harmonía antes de fundirse los dos en un beso apasionado. Parapetados tras una arboleda, aguardaron durante horas a que el traidor estuviese solo. Cuando por fin la joven desapareció de su vista, los dos hermanos se acercaron, con sigilo, a Alcmeón, que dormitaba desnudo sobre la hierba de la orilla, exhibiendo impúdicamente su felicidad bajo el sol de media tarde.

—¡Traidor!

El grito de Prónoo lo despertó con violencia. Cegado por el sol y aturdido por el sopor, a Alcmeón le costó demasiado reaccionar. Antes de que se diese cuenta de lo que ocurría, antes de poder dar un brinco para agarrar la daga que había dejado junto a su quitón —la misma con la que había atravesado el corazón de su madre—, los dos hermanos de su esposa le saltaron encima blandiendo sus afiladas armas. El hijo de Anfiarao y Erífile, el hermano de Anfíloco, el amigo de Tersandro, el joven caudillo que lideró la segunda expedición contra Tebas poco más pudo hacer que tratar de protegerse lanzando al aire estériles puñetazos e ineficaces patadas, que de nada le sirvieron para salvar su vida: las espadas de sus cuñados penetraron con facilidad en su carne, de sus heridas se derramó una sangre que fue a mezclarse con las aguas cristalinas del Aqueloo.

Herido de muerte, abandonado a su suerte por Prónoo y Agénor, a punto de expirar, Alcmeón miró al cielo. El último pensamiento que habría de formarse en su mente lo llevó a los amaneceres compartidos junto a su padre. Moribundo, casi pudo notar su mano grande agarrada a la suya, casi pudo percibir el olor fuerte que emanaba de su piel, sentir el silencio que los acompañaba en sus salidas. Los

ojos verdes de Alcmeón permanecieron abiertos, incluso cuando la vida ya los había abandonado. Una niebla opaca cubrió sus pupilas, que ya no pudieron ver los vencejos que surcaban el cielo despejado de nubes de ese caluroso día de primavera. Para los pájaros, que cruzaban el aire a una velocidad fenomenal batiendo sus alas flexibles y emitiendo sus chillidos agudos, solo importaba volar, comer, reproducirse y emigrar. Para los vencejos, aquel era un lugar maravilloso.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Nexo de unión de la guerra de los siete contra Tebas y la de Troya, la de los Epígonos inspiró en la Antigüedad poemas épicos y tragedias de los que prácticamente solo los títulos han sobrevivido. Si la primera campaña tebana supuso la lucha a muerte entre dos hermanos, esta se verá teñida por la sangre de un matricidio.

Para los antiguos griegos, la edad heroica estuvo marcada por dos grandes guerras de las que se valieron los dioses para exterminar precisamente a esa «estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses». Como cantaba el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) en *Los trabajos y los días*: «A unos la guerra funesta y el temible combate los aniquiló, bien al pie de Tebas la de siete puertas, en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirlos a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos. Allí, por tanto, la muerte se apoderó de unos». Mas entre medias hubo otro conflicto bélico que tuvo también como escenario Tebas. Es el de los Epígonos, nombre que viene a significar «los descendientes» o «los nacidos después», en el sentido de que estuvo protagonizado por los hijos de quienes participaron en la primera guerra tebana, la de los siete en referencia al número de sus caudillos. Allí donde estos cayeron, aquellos vencieron y arrasaron la mítica ciudad fundada por el príncipe fenicio

Cadmo. No es extraño así que uno de los participantes en esa guerra, enrolado después en la de Troya, exclame orgulloso y desafiante ante el rey Agamenón: «Nosotros nos jactamos de ser mucho mejores que nuestros padres. Nosotros conquistamos el solar de Tebas, de las siete puertas, a pesar de llevar tropas menores al pie de un muro más sólido, por acatar los portentos de los dioses y por el auxilio de Zeus. Aquellos, en cambio, por sus propias iniquidades perecieron. Por eso, no atribuyas el mismo honor a nuestros padres».

UNA EPOPEYA PERDIDA

Esténelo, a quien el poeta Homero (siglo VIII a.C.) hace proferir esas palabras en la *Ilíada*, se habría sorprendido si hubiera visto la repercusión que esa segunda guerra tebana ha tenido en la literatura y las artes en comparación no solo a la campaña troyana, sino incluso también a la de los siete caudillos. Fue escasa. Es cierto, hubo un poema épico que llevaba precisamente por título *Epígonos*, y que ya en la Antigüedad se atribuía a un tal Antímaco de Teos, contemporáneo de Homero, pero de él apenas queda un puñado de versos, entre ellos el inicial: «Y ahora, Musa, comencemos por los varones más jóvenes». Igualmente, las tragedias que Esquilo (525-456 a.C.) y Sófocles (496-406 a.C.) dedicaron al asunto se han perdido. Excepción hecha de alguna referencia dispersa en la *Ilíada*, como la ya mencionada de Esténelo, el relato de esa expedición ha quedado recogido básicamente en trabajos mitográficos e históricos como la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.), la *Biblioteca histórica* de Diodoro Sículo (siglo I a.C.) y, ya en Roma, las *Fábulas* de Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.), además de la obra *Descripción de Grecia* del geógrafo y viajero Pausanias (siglo II d.C.). En líneas generales, los hechos narrados por todos esos autores coinciden, como la toma de la ciudad y la muerte en combate de Egialeo, esta sin duda una especie de compensación por el hecho de que su padre Adrasto fuera el único campeón argivo que sobrevivió a la debacle de la primera guerra. En cambio, hay disparidad en lo que se refiere a los nombres de los combatientes llegados de Argos. Para Apolodoro, acudieron a la guerra «Alcmeón y Anfíloco, hijos de Anfiarao; Egialeo, hijo de Adrasto; Diomedes, hijo de Tideo; Prómaco, hijo de Partenopeo; Esténelo, hijo de Capaneo; Tersandro, hijo de Polinices, y Euríalo, hijo de Mecisteo». Higino da los nombres de Egialeo, Tersandro, Polidoro, Alcmeón y Tlesímenes, aunque señala que los campeones fueron siete. A la lista de Apolodoro, Pausanias suma otros tres héroes, Polidoro hijo de Hipomedonte, y Adrasto y Timeas, hijos de Polinices.

Como puede comprobarse, los testimonios escritos que han quedado son pocos, apenas nada. No obstante, ello no ha impedido que los estudiosos se hayan preguntado sobre la historicidad de esta guerra, sobre todo después de que el alemán Heinrich Schliemann excavara e identificara en 1870 las ruinas de la legendaria Troya y encontrara en uno de sus niveles trazas de destrucción por el fuego, que la arqueología moderna ha confirmado. La guerra cantada por Homero cobraba así visos de haber existido realmente. ¿Pasó lo mismo en Tebas? Hasta tiempos recientes, la tendencia más extendida consideraba que la expedición de los Epígonos era más una invención poética ideada para unir la guerra de los siete caudillos y la de Troya que la expresión mítica de un suceso histórico. Las excavaciones emprendidas en la acrópolis tebana, la Cadmea, han venido sin embargo a cambiar esta teoría. Los trabajos no han sido fáciles, pues Tebas fue arrasada en 335 a.C. por el macedonio Alejandro Magno y la reconstrucción posterior dañó gravemente los restos del viejo enclave micénico. Pero a pesar del mal estado del yacimiento, los

El castigo de la codicia

El personaje clave que une las dos expediciones contra Tebas es el de Erífile, la esposa del adivino Anfiarao. Por las consecuencias de sus actos, es una mujer muy próxima a las hermanas Helena y Clitemnestra. Erífile, así, es causante no de una guerra, como la mujer de Menelao y amante de Paris, sino de dos. Y es, al igual que la mujer de Agamenón, una mala esposa que provoca la muerte de su marido. Es cierto que no ejecutó el asesinato por su propia mano como Clitemnestra, pero sí determinó su destino a través de una decisión en la que no actuó como juez imparcial, sino dejándose llevar por la codicia: la de aprobar la campaña de los siete caudillos que costaría la vida a Anfiarao. El collar de Harmonía, la divina alhaja forjada por Hefesto, es ofrecida por Polinices y se convierte así en el desencadenante de esa guerra, esquema que se repite en el segundo conflicto, esta vez con un soborno en forma de velo o peplo que le regala Tersandro. Pero Erífile comparte una cosa más con Clitemnestra: su terrible destino. Ambas mujeres caen bajo la espada de sus propios hijos, convertidos así en vengadores de sus respectivos padres cumpliendo una ley bárbara que privilegia los lazos del linaje sobre aquellos otros lazos de la familia y la sangre. Según el mitógrafo Apolodoro, algunos autores sostienen que Alcmeón no llevó a cabo ese crimen solo, sino con ayuda de su hermano Anfíloco.

arqueólogos han podido confirmar que Tebas, como Micenas o Tirinto, estaba rodeada por un muro ciclópeo, que en su interior se levantaba un gran palacio y que todo ese conjunto fue destruido por el fuego hacia finales del siglo XIII a.C., bien a causa de un terremoto, bien por la mano del hombre. Dada la posición privilegiada de la ciudad en una región en la que se cruzan las rutas comerciales que unen el golfo de Corinto y el Ática, entra dentro de lo previsible que pudiera estallar un conflicto con algún otro importante centro micénico. Como la Argos que refiere el mito, cuyo emplazamiento sobre la fértil llanura de la Argólide hizo de ella uno de los núcleos más pujantes, tanto en lo político como en lo económico, de la Edad del Bronce micénica.

La destrucción causada, según el mito, por los argivos puede explicar también que Tebas sea una de las ciudades griegas que no se mencionan en el catálogo de naves de la *Ilíada* homérica: los supervivientes difícilmente habrían podido o querido participar en la conquista de Troya junto a quienes habían causado su perdición.

LA VENGANZA DEL PADRE

En cuanto a los personajes, los integrantes de la segunda expedición tebana no están tan bien caracterizados como los de la primera, aunque la causa puede que no sea otra que la parquedad de las fuentes mitográficas que relatan estos hechos. Los personajes con más recorrido son los tres que posteriormente se encontrarán en el ciclo troyano, Euríalo, Esténelo y, sobre todo, Diomedes, que en la *Ilíada* aparecerá como compañero de Ulises en episodios más bien poco honrosos, como el asesinato a sangre fría del espía troyano Dolón o el robo de los caballos de Reso, pero también

como un guerrero cuyo ardor no se detiene ni siquiera ante las divinidades olímpicas que le salen al paso. El mismísimo Ares, dios de la guerra, y Afrodita, la diosa del amor, fueron heridos por el belicoso hijo de Tideo. Otro de los Epígonos, Tersandro, formó parte también de la expedición a Troya, pero no llegó a ella. Fue muerto antes por un hijo de Hércules, Télefo, cuando los griegos, por error, recalaron en Misia.

Pero esta segunda guerra tebana es algo más que la lucha por la toma de una ciudad. Si la primera estuvo marcada por un conflicto tan potente dramáticamente hablando como es el enfrentamiento fratricida entre los dos hijos de Edipo (Eteocles, que se ha hecho con el trono tebano, y Polinices, que llega desde Argos al frente de un ejército invasor para arrebatárselo), este otro lo estará por un crimen si cabe aún más atroz. Entra aquí en juego el que sin duda es el Epígono más destacado, Alcmeón, quien da muerte a su madre Erífile como venganza debida al padre, Anfiarao, y por orden del oráculo de Apolo en Delfos. Este asesinato lo vincula a uno de los grandes héroes trágicos de la mitología griega, Orestes. Como el hijo de Agamenón y Clitemnestra, el argivo fue perseguido desde entonces por las erinias, divinidades primigenias que se abaten sobre todo el que atenta contra el derecho natural (y qué hay más natural que la sangre materna), y así hasta que consigue la expiación final. En su caso, y según el oráculo délfico recogido por Pausanias, llegar «a la región que es la más reciente y que el mar hizo desaparecer después del crimen de su madre», esto es, la tierra del aluvión del Aqueloo.

En lo que discrepan las fuentes antiguas es en si Alcmeón cometió el matricidio antes o después de la toma de Tebas. Autores como Apolodoro o Diodoro Sículo refieren que fue al regreso de la expedición, y probablemente lo mismo haría el poema épico *Epígonos*. Es verosímil que sea así, pues para los griegos un crimen de esas

características traía consigo la contaminación inmediata del asesino y de la tierra en la que vivía, de tal modo que difícilmente Alcmeón podría haberse puesto al frente de las tropas argivas. Más aún, enloquecido por las erinias, habría huido en busca de la purificación. Pero en mitología lo lógico no siempre significa lo correcto. Otras tradiciones mitográficas afirman justamente lo contrario. Así, en un escolio o nota a la *Odisea* se lee que Anfiarao «ordenó a su hijo no emprender la expedición con los Epígonos contra Tebas hasta que no hubiera matado a su propia madre. Se dice que Alcmeón hizo todo ello y que enloqueció por el matricidio. Pero los dioses lo liberaron de su mal porque había sido por obedecer piadosamente a su padre por lo que había matado a su madre». Probablemente esta fuera la línea seguida por una epopeya, también perdida, la *Alcmeónida*, compuesta hacia el siglo VI a.C. por un autor cuyo nombre no nos ha llegado y de la cual apenas han sobrevivido un puñado de versos. No mejor suerte han corrido las tragedias *Alcmeón* y *Erífile*, de Sófocles, y *Alcmeón en Corinto*, de Eurípides (484-406 a.C.).

EL CASTIGO DE LA SOBERBIA

Como se ha podido ver, si escasas son las obras literarias griegas que han tratado el tema de los Epígonos, todavía lo son más los restos que nos han llegado de ellas. Otro tanto sucede en la literatura latina. En el largo poema de Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) *Metamorfosis*, hay una alusión a la primera campaña contra Tebas que incluye una profecía del matricidio de Alcmeón y su destino posterior, aunque sin citar nunca su nombre: «Pues en este momento Tebas libra una guerra civil y Capaneo no podrá ser vencido salvo por Júpiter, y los hermanos [Eteocles y Polinices] quedarán empatados a heridas, y el

adivino [Tiresias] verá, vivo aún, sus propios manes, sustraída la tierra a sus pies; y, vengando al padre con la madre, su hijo [Alcmeón] será por un mismo acto piadoso y criminal, y, espantado de su fechoría, privado de su razón y de su patria, se verá acosado por los rostros de las euménides y el espectro de su madre, hasta que su esposa [Calírroe] le reclame el oro fatal y la espada de Fegeo traspase el costado de su pariente».

En la Edad Media, la *Divina comedia* de Dante Alighieri (1265-1321) sintetiza en un terceto del canto XII del *Purgatorio* el destino de Erífile: «Mostraba luego el duro pavimento cómo las manos de Alcmeón tornaron de su madre costoso el ornamento». Erífile aparece como un ejemplo de soberbia y orgullo. La misma imagen se transmite en el poema alegórico *Laberinto de fortuna*, de Juan de Mena (1411-1456): «Estabas, Erífile, allí vergonzosa, vendiendo la vida de tu buen marido, de ricos collares tu seso vencido, quisiste ser viuda, más no deseosa. ¡Oh, siglo nuestro, edad trabajosa, si hallarían los que te buscasen otras Erífiles que deseasen dar sus maridos por tan poca cosa!».

Los escritores modernos tampoco han prestado excesiva atención al mito. Una de las raras obras inspiradas en él es la tragedia *Erífile*, del ilustrado francés Voltaire (1694-1778), estrenada con éxito en París en 1732, pero acto seguido retirada de los escenarios y sometida a tan profunda y larga revisión que acabó dando lugar a una pieza nueva, *Semíramis*. Las licencias que Voltaire se toma con el argumento son abrumadoras, pues este Alcmeón llega a Argos desconociendo que es hijo de la reina Erífile y del difunto Anfiarao, por lo que a punto está de repetir el destino de Edipo y contraer matrimonio con su madre. En lo que es un inequívoco guiño al *Hamlet* shakesperiano tan admirado por el francés, la aparición de la sombra de Anfiarao viene a darle un toque sobrenatural al conjunto: a su esposa, ya consumida por los remordimientos, se le presenta para

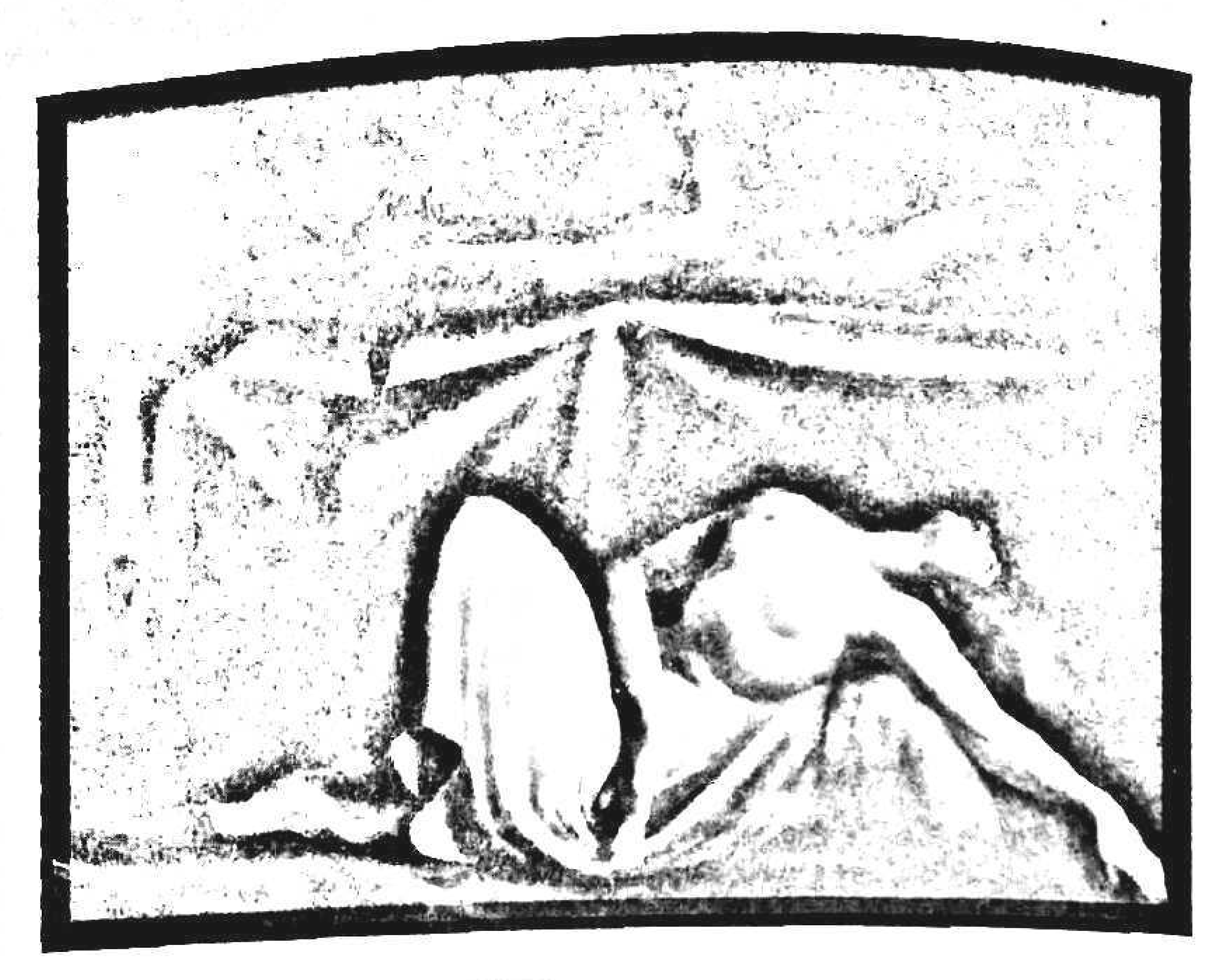
recordarle su crimen; a su hijo, para instarlo a que vengue su muerte. Al final, el matricidio se consuma, pero de un modo que quita cualquier responsabilidad a Alcmeón, toda vez que este hiere a Erífile accidentalmente en el transcurso de una pelea con un rival...

UN MUNDO DE PESADILLA

Los Epígonos tampoco han dejado una huella profunda en las artes plásticas y la música. En el arte antiguo, hay vasos de cerámica pintada que representan a Erífile, pero en episodios que no son exactamente los de este mito. Aun así, es interesante una hidria (vasija para contener agua) de figuras rojas de mediados del siglo v a.C. que representa a Erífile amamantando a aquel que le dará muerte, su hijo Alcmeón. La reina es también la protagonista de un enócoe (jarra para vino) de figuras rojas de la misma época en la que se la ve aceptando de manos de Polinices el collar de



En comparación con otros episodios de la mitología clásica, el de los Epígonos ha dejado escasa huella. La cerámica griega antigua no es una excepción: cuando aparecen, los personajes principales del mito narran por lo general episodios de la guerra de los siete caudillos más que de esta otra segunda campaña tebana. Esta hidria de figuras rojas de mediados del siglo v a.C. (Staatliche Museen de Berlín) va más atrás aún, pues en ella se ve a un Alcmeón de corta edad junto a su madre y, detrás, a su padre Anfiarao.





Arriba, la interpretación que Füssli hizo de las erinias llevándose a Alcmeón, poco después de que este haya dado muerte a su madre Erífile (Kunsthaus de Zúrich). Muy influida por el tenebrismo barroco de un autor como Caravaggio, la obra concentra toda la atención del espectador en el cuerpo sin vida de la reina, y deja el resto de la acción en penumbra y casi invisible. A la izquierda, Manto y Tiresias *(Tate Gallery de Londres), de Singleton, quien parece tomar como modelo iconográfico el de Antígona guiando a su padre Edipo, ciego como el adivino.*

Harmonía que provocará la primera guerra contra Tebas. Un personaje como Diomedes sí aparece en numerosas cerámicas, pero siempre participando en episodios de la guerra de Troya, igual que el adivino ciego Tiresias lo hace en otros que tienen que ver con el mito de Edipo o el de Ulises.

Anunciando ya lo que será el Romanticismo, el suizo Johann Heinrich Füssli (1741-1825) pintó en 1821 a las erinias llevándose a Alcmeón después de que este haya matado a su madre Erífile. Como la práctica mayoría de las obras de este creador, el cuadro destaca por evocar mundos que parecen sacados de una pesadilla por su carácter irracional y las criaturas que los habitan. Más amable se presenta el óleo *Manto y Tiresias,* en el que el inglés Henry Singleton (1766-1839) evocó a esa familia de adivinos.

En lo que a la música se refiere, el siglo XVIII dio óperas como *El infeliz Alcmeón,* del alemán Georg Philipp Telemann (1681-1767); *Erífile,* del checo Josef Mysliveček (1737-1781), o *Alcmeón,* del italiano Giuseppe Cambini (1746-1825), mas ninguna de ellas ha llegado a imponerse en el repertorio. A esas partituras escénicas se puede añadir el ballet *Calírroe,* de la francesa Cécile Chaminade (1857-1944), una pequeña joya en la que la evocación de la Antigüedad convive con el uso de estilizadas danzas modernas como el vals o la mazurca.

Índice

1 · Los jóvenes argivos 11
2 · El peplo de Atenea 31
3 · La segunda guerra de Tebas 49
4 · La caída de Tebas 69
5 · La promesa de Alcmeón 87

La pervivencia del mito 105